

CRÓNICAS DE UNA PANDEMIA

**Persistir, resistir y sobrevivir en Soacha
y sus alrededores: una experiencia de aula**

Compilador Víctor Alexander Conejo Sandoval





Presidente del Consejo de Fundadores

Padre Diego Jaramillo Cuartas, cjm

Rector General

P. Harold Castilla Devoz, cjm

**Vicerrectora General Académica
y de Asuntos Estudiantiles**

Stéphanie Lavaux

Subdirectora Centro Editorial - PCIS

Rocío del Pilar Montoya Chacón

Rector UNIMINUTO Sede Cundinamarca

Jairo Enrique Cortes Barrera

**Vicerrector Académico y de
Asuntos Estudiantiles**

Jhensus Elías Carvajal Gómez

**Directora de Investigación
Cundinamarca**

Jenifer Paola Garza Puentes

**Director del Centro
Regional Soacha**

P. Orlando José Castro Bustillo, cjm

**Coordinadora de
Publicaciones Cundinamarca**

Diana Carolina Díaz Barbosa

Crónicas de una pandemia persistir, resistir y sobrevivir en Soacha y sus alrededores: una experiencia de aula / Andrea Chamorro, Daniel Felipe Valbuena, Nicolt Villada Gómez...[y otros 9.] ; compilador Víctor Alexander Conejo Sandoval. Bogotá: Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO, 2023.

ISBN: 978-958-763-621-5
105p.

1.Vida en comunidad -- Relatos personales -- Soacha 2.Vida cotidiana -- Relatos personales -- Soacha 3.Calidad de vida -- Relatos personales -- Soacha 4.Periodismo estudiantil -- Relatos personales -- Soacha 5.Pandemia i.Valbuena, Daniel Felipe ii.Villada Gómez, Nicolt iii.Rodríguez, Brigithe iv.Rojas, Laura v.Sebastián Álvarez, Juan vi.Guarnizo, Jean Paul vii.Alfonso Rueda, Jonathan Camilo viii.Ruiz Lesmes, Johan Alexander ix.Sosa Ospitia, Mayerly Nataly x.Betancurth Enciso, Sergio Alejandro xi.Palacios, Antony Steven xii.Conejo Sandoval, Víctor Alexander (Compilador y autor).

CDD: 304.609 C76c BRGH Registro Catálogo UNIMINUTO No. 104771
Archivo descargable en MARC a través del link: <https://tinyurl.com/bib104771>

Autores

Andrea Chamorro, Daniel Felipe Valbuena, Nicolt Villada Gómez, Brigithe Rodríguez, Laura Rojas, Juan Sebastián Álvarez, Jean Paul Guarnizo, Jonathan Camilo Alfonso Rueda, Johan Alexander Ruiz Lesmes, Mayerly Nataly Sosa Ospitia, Sergio Alejandro Betancurth Enciso, Antony Steven Palacios y Víctor Alexander Conejo Sandoval.

Compilador

Víctor Alexander Conejo Sandoval

Coordinación editorial

Diana Carolina Díaz Barbosa

Corrector de estilo

Karen Grisales Velosa

Diseño y diagramación

Sandra Milena Rodríguez Ríos

Ilustraciones tomadas de: Freepik.com

ISBN Digital: 978-958-763-621-5

DOI: <https://doi.org/10.26620/uniminuto/978-958-763-621-5>

Primera edición: 2023, Bogotá, D.C.

©Corporación Universitaria

Minuto de Dios – UNIMINUTO

Calle 90 No. 87 - 69

Teléfono +57(1) 2916520 Ext. 6012

Proceso de arbitraje doble ciego

Recibido del manuscrito: abril 2022

Evaluado: agosto 2022

Ajustado por autores: noviembre 2022

Aprobado: noviembre 2022

@Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO. Todos los capítulos publicados en Crónicas de una pandemia. Persistir, resistir y sobrevivir en Soacha y sus alrededores. Una experiencia de aula fueron seleccionados por el Comité Científico de acuerdo con los criterios de calidad editorial establecidos por Institución. El libro está protegido por el Registro de propiedad intelectual. Los conceptos expresados en los artículos competen a los autores, son su responsabilidad y no comprometen la opinión de UNIMINUTO. Se autoriza su reproducción total o parcial en cualquier medio, incluido electrónico, con la condición de ser citada clara y completamente la fuente, siempre y cuando las copias no sean usadas para fines comerciales, tal como se precisa en la Licencia Creative Commons Atribución – No comercial – Compartir Igual que acoge UNIMINUTO.

La presente obra busca visibilizar un momento de creación y producción periodística, así como generar un espacio de reflexión en torno a la potencialidad de la crónica como elemento mediador que permite transitar entre el concepto y la práctica en contextos de aprendizaje.

Por tal razón, en este libro encontrará relatos contruidos por estudiantes de primeros semestres que debutan en el ejercicio de observar y percibir la realidad para después contarla a partir de elementos vistos en clase. Sugerimos enfocar la mirada en el proceso pedagógico llevado a cabo en contextos poco favorables y que, sin embargo, resulta en una publicación que entreteje personajes, añoranzas, anhelos y esperanzas en una trama común: persistir, resistir y sobrevivir a una pandemia.



Agradezco la dedicación de cada estudiante, tanto de los que fueron publicados como los que no. Este es un camino que apenas comienza. Gracias al profesor y coordinador del programa Fabio H. Martínez, también diseñador gráfico, quien permitió que este proyecto saltara de la tarea-nota y ahora navegue en el mar de la memoria.

Víctor Alexander Conejo Sandoval



CONTENIDO

Presentación	9
Introducción	13
Las historias están en nuestras casas	13
Crónica latinoamericana: un devenir periodístico y literario	21
Sobre las historias	31
Las crónicas	34
La soledad del campo	35
Chispas de incertidumbre...	38
Los dolores de Dolores en la pandemia	47



Seguir adelante es difícil	50
Entre el cuero y el mango, se sobrevive a la pandemia	57
Contra todo pronóstico	70
La reinención en tiempos del COVID	75
Un nuevo comienzo	80
Ser docente virtual	83
La historia de un duro trabajo	87
El COVID-19 no venció a los comerciantes	92
La señora patricia y sus tapabocas	97
Escribir crónica para aprender a mirar	101
Referencias	103



PRESENTACIÓN

Este libro de historias contadas a manera de crónica es necesario en contextos académicos como el que vivimos en Soacha, porque permite que la pluralidad existente en cada lugar de enunciación posible en nuestro territorio se lea y conozca a través de los relatos de sus protagonistas.

La pandemia llegó para acelerar algunos procesos de transformación, no solo en lo digital, sino también en la empatía que debemos desarrollar como seres humanos. Estos ejercicios de aula logran estimular en los estudiantes la redacción, la construcción literaria de las historias. Considero, entonces, que es una dinámica digna de mantener y que se debe hacer tangible, así como se está logrando con este libro.



Es de resaltar que el presente texto es un producto gestado en el seno de la asignatura de Periodismo Interpretativo, y recopila una serie de historias redactadas por estudiantes de primeros semestres, por lo tanto, se convierte en una radiografía de lo que significó en el municipio la pandemia en sus inicios, los momentos críticos, de incertidumbre y miedo que se vivieron al iniciar con este proceso que nadie pensó se extendiera tanto.

Para nadie es un secreto que, dadas las condiciones de habitabilidad existentes en algunos sectores de las regiones del país, la pandemia no solo afectó en la salud, sino también en los ingresos económicos, quebró familias a causa de la mala convivencia y permeó cada instancia de la sociedad. La academia no puede hacerse a un lado, no puede omitir tan trascendental momento histórico, sino que debe velar por la generación de productos como este libro, que construyen memoria y que evidencian cómo un virus que nos encerró por más de 24 meses nos sumergió en una realidad alterna gracias a la virtualidad.

Últimamente nos hemos llenado de cifras, observamos en redes sociales, noticieros y programas matutinos frases como: un “n” número de contagiados, “n” número de personas fallecidas, “n” número de personas vacunadas, este libro permite dibujar un rostro a través de la lectura, suponer sentimientos, por lo menos, en algunas de estas cifras. Se debe luchar por la personalización de estos números, datos que pueden resultar indolentes.

Las historias no abarcan solamente la ciudad, también cubren el sector rural del municipio de Soacha. Es interesante y llamativo cómo desde la lectura podemos acercarnos a este campesinado y conocer, no solo su visión de las cosas, de esta pandemia en específico, sino también visibilizar los desafíos que se afrontan en esta ruralidad.

Crónicas como “La soledad del campo”, “Los dolores de Dolores en la pandemia”, “Seguir adelante es difícil”, “Contra todo pronóstico”, “La historia de un duro trabajo” o “La reinención en tiempos del COVID” nos permiten ver a los ojos, a través de la lectura, a cada personaje protagonista de las historias.

La invitación es a no quedarse solo con una lectura de cada crónica, es un material que se necesita trabajar a paso lento, de digestión no tan acelerada. Tener presente que historias como estas, nos estimulan el desarrollo de la empatía para colocarnos en los zapatos del otro, entender sus dolores, aflicciones, quejas y sueños; libros como estos nos ayudan a crecer no solamente en la dimensión intelectual, también en el ámbito personal, profesional y a mirar desde los distintos puntos de vista un mismo hecho histórico como ha sido la pandemia.

Padre Orlando José Castro Bustillo CJM.
Director del Centro Regional UNIMINUTO Soacha

INTRODUCCIÓN

Las historias están en nuestras casas

Para agosto de 2020, el país apenas superaba de manera gradual el confinamiento, y sectores como el educativo aún debían permanecer con labores desde casa como medida para contener la propagación del COVID-19. Los docentes llevábamos varios meses impartiendo clases de manera remota, inventando mil maneras de comunicar ideas, conceptos y métodos a través de un computador y una señal de internet defectuosa. Cada asignatura traía su propio reto, pues algunos temas eran menos adaptables a la virtualidad que otros y, particularmente, la asignatura de Periodismo Interpretativo donde se hace énfasis en la enseñanza de la crónica representaba un desafío mayor: ¿cómo enseñar a estudiantes de cuarto semestre sobre la crónica en medio de una pandemia



que implica medidas de aislamiento? A saber, en la realización de una crónica es necesario no solo conocer su devenir histórico, su estructura y elementos que la conforman, sino que, también, es importante conocer en profundidad el personaje protagonista; sus características físicas, emocionales, su forma de ver el mundo, sus espacios, prácticas y situaciones, entre otras dimensiones que en últimas, son el todo del relato.

Como estrategia para superar las limitaciones del confinamiento, se propuso a los estudiantes contar desde la crónica, la forma en que nuestros entornos más cercanos como familiares y vecinos experimentaban los rigores de la pandemia con especial énfasis en sus persistencias, modos de resistir y sobrevivir.

Pronto surgió un nuevo reto. Algunos estudiantes objetaron que sobre la pandemia ya había bastante información, que de hecho, se sentían saturados de noticias y tenían razón; todos los medios de comunicación dedicaban la mayor parte sus agendas informativas a la pandemia, repetían incesantemente la necesidad de usar correctamente el tapabocas, mantener distancias entre personas, evitar aglomeraciones y el aumento de nuevos contagios y decesos. Era sin duda un escenario agobiante, asfixiante y quedaba en el aire la pregunta, ¿para qué hablar más sobre la pandemia?

Para abordar esta preocupación, compartí en clase las reflexiones de Svetlana Alexiévich, premio nobel de literatura en el año 2015, quien en la introducción de su libro *Voces de Chernóbil* relata que en su momento la catástrofe provocada por la explosión de la central eléctrica atómica fue ampliamente informada en los principales medios de comunicación. Cientos de periodistas cubrieron minuto a minuto el fracaso tecnológico soviético, con cifras de muertos, evacuados e información sobre la presencia de gases nocivos en diferentes partes del mundo, así como las reacciones de los gobernantes de diferentes países.

Se encargaron de saturar a las audiencias de tal manera que el hecho en sí mismo cayó en una profunda banalidad. Después de un tiempo daba la sensación de que ya todo estaba dicho sobre Chernóbil y ahora solo se hablaba de responsabilidades políticas y se hacía alusión a la catástrofe como un hecho del pasado, como un dato histórico más, que inspiró decenas de películas, libros y hasta viajes turísticos para conocer la zona del desastre. Sin embargo, para Svetlana no todo estaba dicho. Los radionúclidos aún están allí y lo harían por cientos de miles de años más. La escritora periodista considera que el exceso de información y el enfoque político en el marco de la Guerra Fría había alejado a la gente del real significado de la catástrofe que trasciende a nuestra forma de comprender la realidad, incluso trasciende a nuestra historia. Los paisajes parecen normales, el agua fluye cristalina por los arroyos y los animales aún corren libres en el campo y sin embargo, ya no se puede vivir allí, ni tomar agua y mucho menos alimentarse de los animales. La radiación es invisible, inodora y eterna desde la perspectiva humana (Alexiéovich, 2015). Todo había cambiado para siempre, menos en los medios de comunicación.

También observa que las voces oficiales soviéticas se imponían sobre las voces de los pobladores a quienes se les temía por la posibilidad de emitir radiación y, por lo tanto, sus historias de amor, terror, pérdida, incertidumbre, esperanza y resignación estaban condenadas al olvido. Fue así como la periodista emprendió por muchos años la labor de visitar aldeas contaminadas donde aún residían sobrevivientes, así como lugares donde reubicaron a los evacuados; sentía que en las vivencias de estas personas residía gran parte de la comprensión de este acontecimiento y que sus historias en conjunto podrían develar aspectos de nuestra condición humana.

En analogía a la situación que vivíamos en 2020, se reflexionó con los estudiantes que la pandemia iba en la misma dirección, hacia una inevitable banalidad producto de una sobreabundancia de información que reduce a casi un tercio de la población mundial

contagiada por el virus y a más de seis millones de muertos a meras cifras, números y efectos político-económicos, con lo cual se imposibilita una comprensión profunda y plural del significado de este de este acontecimiento.

Por tal razón, se insistió en la necesidad de entender que la pandemia como un hecho social, va más allá de las dinámicas informativas de los medios de comunicación y que su sentido y significado se diversifica, se complejiza en la medida en que, desde la crónica, le damos cabida a las pequeñas historias o “historias de vida mínimas” (Angulo, 2013, p. 8) y desde allí, desde esas voces que no resuenan en los grandes medios, es posible hablar no solo de la pandemia y sus efectos, sino también de otros temas que nos afectan como el desempleo, la precarización laboral, el trabajo rural, la situación de nuestros adultos mayores, las dificultades del aprendizaje virtual, las injusticias, el miedo en las calles, entre otros. En últimas, la reflexión en clase se orientó a comprender que la pandemia es apenas una excusa para profundizar en la comprensión de la realidad, para aprender a mirarla y hacerla nuestra.

Por su parte, otro gran desafío que tiene que ver con la realización de la crónica está relacionado al tiempo que se requiere para su producción, puesto que puede llevar meses, incluso grandes cronistas como Leila Guerriero (citada por Jaramillo, 2012) reconocen que:

Escribir un artículo me lleva de veinte días a un mes y medio, con jornadas de doce, quince o dieciséis horas. Eso, sin contar la etapa de investigación previa. Conozco a otros cronistas que trabajan como yo. Que después de meses de reporte, bajan las persianas, desconectan el teléfono y se entumescen sobre el teclado de un computador para salir tres días después a comprar pan, sabiendo que el asunto recién comienza. (p. 20).

Por lo que pensar que en cuatro meses que dura un semestre académico es posible llevar a cabo un proceso pedagógico que implica hacer un recuento histórico de la crónica latinoamericana, la identificación de sus periodos, características, el análisis de algunas crónicas emblemáticas y, posteriormente, un proceso de creación periodística y literaria, es en todo caso una imposibilidad. Sin embargo, dado que este espacio es generalmente el único momento que los estudiantes del programa de Comunicación Social - Periodismo de la Corporación Universitaria Minuto de Dios – UNIMINUTO Soacha tienen para la producción de crónicas, sí resulta necesario hacer esfuerzos para rendir el tiempo y generar espacios de creación periodística.

Para ello, en los primeros dos meses se focalizó el trabajo en la parte histórica y conceptual, así como en el análisis de crónicas latinoamericanas y luego, en los dos meses posteriores, se orientó el trabajo en la producción por fases: 1) identificación de la historia; 2) planeación y ejecución del trabajo de campo que implicó entrevistas y observación participante; 3) revisión y organización del material obtenido; 4) redacción y edición de la crónica para su posterior socialización.

Es importante, en este punto, comentar que otra característica contextual de los y las estudiantes que hacen parte de este compendio es la disparidad en habilidades de escritura e investigación periodística, situación que da cuenta de unos procesos de aprendizaje previos no siempre exitosos y que devienen en falencias a la hora de comunicar ideas de manera escrita.

Para abordar las limitaciones de tiempo y las diferencias a la hora de escribir, investigar, formular preguntas pertinentes, entre otras habilidades, se intentó personalizar al máximo el proceso pedagógico e identificar en cada estudiante, sus debilidades y sobre todo sus fortalezas y acordar objetivos mínimos con el fin de que el estudiante,

más que preocuparse por el resultado final, pudiera enfocarse en la consecución de pequeñas metas realizables de acuerdo a sus posibilidades. La idea desde un principio era establecer un espacio pedagógico que no sobreviviera en frustraciones por factores externos de los cuales el estudiante no siempre debe ser responsable, como por ejemplo, la calidad de educación recibida previamente en su formación básica secundaria, el corto tiempo que destina la universidad para la producción de géneros interpretativos o el número de estudiantes en un aula, aspecto que imposibilita un acompañamiento más cercano por parte del docente.

En suma, se consideró la posibilidad de emplear un proceso académico que, en términos de Mejía (2015), pudiera construir un estatus propio de la práctica de enseñanza, a partir del cuestionamiento de las lógicas del saber, la adaptación de los contenidos a los contextos de los sujetos y no al revés y el reconocimiento de que la importancia de la práctica reside más en la experiencia que genera, en las relaciones intersubjetivas que establece y los aprendizajes que emergen, que en el resultado mismo de esta. Por lo anterior, la producción de las crónicas no tuvo un marcado énfasis en lograr textos de alta calidad (lo cual en todo caso siempre fue y es deseable), sino en el alcance de objetivos más concretos como por ejemplo, la capacidad del estudiante de reconocer su entorno como un escenario de creación e indagación, la capacidad de establecer un proceso comunicativo con su entorno, la habilidad de dar sentido a la realidad que observa mediante la reflexión y posterior registro de aquello que percibe y finalmente la capacidad del estudiante de darle forma textual al fragmento de realidad que obtura.

A su vez, se reiteró a los estudiantes que el éxito de la asignatura dependía tanto de las habilidades demostradas en producción textual, uso de elementos periodísticos así como de la disposición para llevar a cabo el proceso. Se insistió en que la asignatura se cumplía satisfactoriamente no solo por saber, sino también por querer saber.

De esta manera, los estudiantes comenzaron la búsqueda de las historias en sus casas, sus barrios; indagaron, entrevistaron, complementaron con datos de diversas fuentes e iban presentando avances en los que se les recomendaban ajustes. Hasta que finalmente leyeron colectivamente sus historias que significaban no solo sus primeros pasos en la narración periodística, sino también la extrañeza de ver a su mamá, papá, tíos o abuelos convertidos en los protagonistas de sus relatos.

Víctor Alexander Conejo Sandoval
Compilador

Crónica latinoamericana:

Un devenir periodístico y literario

En las siguientes líneas, se presentan algunas ideas relacionadas a la crónica latinoamericana contemporánea que hacen parte de los contenidos que se imparten en los primeros meses del curso de Periodismo Interpretativo. Se hará un breve recuento de sus orígenes más próximos y características actuales, para luego entablar reflexiones en torno a las crónicas aquí presentadas. Es nuestro objetivo reconocer elementos narrativos presentes en los relatos de los estudiantes y de este modo establecer algunas relaciones.

Para abordar la crónica latinoamericana contemporánea, también conocida como periodismo narrativo, es necesario hablar de su momento antecesor: *la crónica modernista*, de la cual, académicos como Claudia Darrigrandi (2013), entre otros, han realizado una reconstrucción histórica, así como en la identificación de similitudes y diferencias respecto de la crónica actual. A partir de estas discusiones resaltaremos algunas cuestiones claves.



Su origen se remonta al finales del siglo XIX y comienzos del XX y sus precursores tienen la particularidad de ser principalmente poetas y novelistas como José Martí, Amado Nervo, Rubén Darío y Julián del Casal, entre otros. Estos autores encuentran en la prensa un lugar de expresión alternativo a la literatura, y desde ella relataron los hechos que ocurrían en aquella transición de siglo, como las grandes transformaciones sociales que generó la emergencia de nuevos discursos obreros, feministas y artísticos, la consolidación de la ciudad como escenario privilegiado de la experiencia vital, las nuevas tendencias y vanguardias, el avance de la ciencia moderna, así como los vientos de guerra que llegaban de Europa.

Si bien esta tarea ya la realizaba el reportaje, fueron precisamente estos escritores *flâneur*, quienes introdujeron en la prensa un modo más flexible y creativo de contar los hechos, cargados de impresiones personales, detalles, elementos poéticos, que en conjunto constituían el sello personal de cada autor. Lo anterior, cultivando cada quien a su manera, las formas más propias del periodismo, como la referencialidad (fuentes informativas), la veracidad de los hechos y el carácter actual, noticioso de los relatos. Al respecto se recomienda la crónica publicada en 1886, "El terremoto de Chárleston" de José Martí (1946).

Así, la crónica se va introduciendo en el campo periodístico y, durante la primera mitad del siglo XX, aparecen en toda Latinoamérica grandes exponentes del género como Alfonsina Storni, Alejo Carpentier, Carlos Droguett, Daniel de la Vega, Salvador Novo, Clarice Lispector, entre otros, por supuesto cada uno con sus innovaciones, apuestas y variaciones respecto del comienzo de siglo.

Es para la segunda mitad del siglo XX que empieza lo que hoy conocemos como *nuevo periodismo*, bajo el cual se identifican los trabajos realizados por periodistas que luego se convertirían en grandes escritores como Rodolfo Walsh, Gabriel García Márquez, Tomás Eloy Martínez, Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska, entre otros, quienes encontraron en la prensa un laboratorio propicio para introducir recursos literarios a sus relatos y crear sus propios estilos narrativos. Esta época se caracteriza por el interés de los autores en relatar la actualidad a la par que se interpreta a partir de sus impresiones y observaciones. Por ello, es fácil encontrar en estas crónicas, descripciones de las características sociales, físicas y psíquicas de los personajes, y también ciertos grados de ironía, suspenso, metáforas, entre otros recursos con los cuales buscaban interpelar a los lectores. Es por esta razón que el *nuevo periodismo* también se conoce como periodismo narrativo o literario. Se recomienda la lectura de un texto que se mueve en las fronteras difusas de la crónica y el reportaje: “Caracas sin agua” de Gabriel García Márquez (2014a), que data del año 1958 y en el cual, el escritor implementa técnicas narrativas como el uso de un personaje, en este caso, Samuel Burkart, ingeniero alemán residente de la ciudad, para informar sobre un grave suceso por el que atravesó la capital venezolana. En este caso particular, el autor desaparece de la narración para darle todo el protagonismo al personaje principal, de tal forma que da la impresión de estar leyendo un cuento o novela corta similar a *Crónica de una muerte anunciada* (2014b). También se puede observar un reiterado uso cronológico del tiempo y la selección de personajes secundarios que generan ciertas tensiones.

Ya en la década de los noventa y comienzos del 2000, una nueva generación de periodistas como Pedro Lemebel, Martín Caparrós, Juan Villoro, Alma Guillermoprieto, Lydia Cacho, Gabriela Wiener, Leila Guerriero, Alberto Salcedo Ramos, entre otros, posicionan

la crónica latinoamericana como principal exponente del *periodismo narrativo*, con especial interés en visibilizar historias periféricas como; personas transgénero, trabajadoras(es) sexuales, víctimas de explotación sexual, indígenas, campesinos cocaleros, integrantes de grupos guerrilleros, activistas políticos e historias cotidianas de jóvenes, estudiantes, docentes, desempleados(as), personas en diversas condiciones sociales y en general cientos de historias *otras*, en los márgenes de los convencionales centros de poder, al respecto, Jaramillo (2012) agrega:

En el fondo de esto hay algo que parece necesario: hacer explícitas las más inesperadas formas de ser distinto dentro de una sociedad; ser un mago sin un brazo, ser el hombre más pequeño del mundo, ser un travesti viejo y pobre, un excarcelado que sigue diciendo que es inocente, un cantante famoso, un asesino a sueldo, una puta, un puto, las más inimaginables maneras de ser, y —casi siempre— contarlo con la naturalidad de quien supone que todos tienen derecho de ser lo que son. (p. 40).

A propósito, se recomienda la crónica de Martín Caparrós (2012) “Muxes de Juchitán”, que cuenta la historia de Amaranta, activista indígena que lucha por la reivindicación de los derechos de personas que se identifican con géneros diferentes al binario hombre-mujer en Oaxaca.

Otra característica de la crónica latinoamericana contemporánea tiene que ver con el grado de inmersión por parte de los autores en las situaciones que desean contar y con el riesgo que esto conlleva, como es el caso de Lydia Cacho (2019), periodista mexicana, quien en su trabajo periodístico *Esclavas del poder* decide internarse en lugares peligrosos de América Latina y Asia, con el fin de conocer personalmente las dinámicas de

la trata sexual de mujeres y niñas. Así mismo, se invita a leer la crónica “Dame el tuyo, toma el mío” de la peruana Gabriela Wiener (2012), quien retrata los encuentros e intercambios sexuales *swinger* en Barcelona, desde su propia experiencia.

Por último, otro rasgo distintivo de la crónica latinoamericana actual es la férrea defensa de la mirada subjetiva, “intimista, informal, franca, humana e irónica” de la crónica como condición de veracidad. Da a entender que la prosa aparentemente objetiva, neutral de la cual se ufanan muchos formatos de noticia actual, no es la única representación de la verdad, pues “los periodistas literarios, desarrollan compromisos implícitos de fidelidad y franqueza con sus lectores y sus fuentes” (Kramer, 2001, p. 73).

Tipos de crónicas

En la identificación de otras características de la crónica latinoamericana contemporánea, Palau-Sampio (2018) propone tres tipos de crónica: *crónica de autor*, en la que el cronista se posiciona como observador, testigo del tiempo y generalmente la presencia del yo (autor) es explícita. Un ejemplo que suelo compartir con los estudiantes, de este tipo de crónica libre, flexible respecto de otro tipo de crónicas es “Así es una farra a lo maldita sea en Soacha” de Natalia Guerrero publicada en el portal Vice en el 2016. Cuenta cronológicamente la experiencia de cómo es una fiesta popular en un sector marcado por los estigmas y los estereotipos. El relato tiene una extensión corta y tanto los datos como las fuentes consultadas resultan ser más un complemento que una obligatoriedad. El segundo tipo de crónica identificado es la *crónica de largo aliento*, caracterizada por llevar a cabo un análisis de fondo, producto de una amplia consulta de fuentes e

indagación de los hechos. El(la) cronista se desempeña como investigador(a) de la realidad social y la extensión de los relatos suele ser larga dada la cantidad de información y análisis logrados en el proceso. Un ejemplo de este tipo de crónica es el trabajo anteriormente mencionado, “Un centenar de mujeres” de Alma Guillermoprieto (2016), quien nos presenta un doloroso caso de asesinato en serie de mujeres principalmente jóvenes en Ciudad Juárez, México, y cuyos móviles, al parecer, no son otros más que los mandatos de género patriarcales que devienen en dinámicas institucionales de impunidad. El grado de compromiso de la periodista con este duro escenario la llevó a indagar numerosas fuentes, contrastar versiones, visitar los lugares donde ocurrieron los hechos y de este modo presentar elementos en común con los cuales poder alcanzar una comprensión mucho más estructural de la situación. Nos presenta, a partir de una narración que reconstruye, los hechos en un marco temporal específico, una fuerte radiografía de nuestras sociedades latinoamericanas.

Por último, encontramos la *crónica de actualidad*, cuyo objetivo es informar e interpretar unos hechos noticiosos, su estructura es cronológica y exige del autor una investigación y selección de fuentes apenas pertinentes al contexto de los acontecimientos. La extensión de este tipo de crónica suele ser breve-media y se hace necesaria la presencia del cronista en el lugar de los hechos. Este tipo de crónica suele ser un recurso frecuente en los grandes medios de comunicación, por ejemplo, en momentos en los que buscan cubrir con mayor profundidad un acontecimiento como una catástrofe natural, una guerra, o un acontecimiento de gran importancia.

Tabla 1. Características de las tres modalidades de crónica

	Parámetros	Crónica de autor	Crónica de largo aliento	Crónica de actualidad
Polo histórico	Temática	<i>Zeitgeist</i>	Social	Especializada
	Posición del cronista	Observador- <i>flâneur</i>	Investigador de la realidad social	Intérprete de unos hechos
	Objetivo	Testigo del tiempo	Análisis de fondo	Informar e interpretar
Polo literario	Autoría	Prestigio	Profesionalidad	Especialización
	Presencia del yo en el texto	Explícita	Explícita-implícita	Implícita
	Importancia del componente expresivo	Máxima	Sustancial	Sustancial
	Estructura	Libre	Libre	Cronológica
Polo periodístico	Referencialidad	Accesoria	Máxima	Máxima
	Vinculación con la actualidad	Moderada	Flexible	Máxima
	Investigación de los hechos	Innecesaria	Amplia	Acotada
	Presencia en el lugar de los hechos	Innecesaria	Necesaria	Necesaria
	Diversidad de fuentes	Innecesaria	Necesaria	Flexible
	Extensión	Breve	Amplia	Breve-media
	Continuidad del autor	Necesaria	Innecesaria	Necesaria

Fuente: Palau-Sampio, (2018, p. 210).

De acuerdo a lo anterior, podemos decir que las crónicas que presentamos en este libro tienen características híbridas. Por un lado, poseen elementos de crónica de autor de tradición modernista, en la que el yo (estudiante-autor) adquiere en sus inicios una excesiva presencia, por lo que fue necesario recomendarles “intentar desaparecer al máximo” para darle mayor protagonismo a sus personajes. Algunos tomaron el consejo radicalmente y resultaron textos contados enteramente en tercera persona, otros, permanecieron en los relatos de manera narrativa para dejar constancia de su presencia en el desarrollo de las situaciones y de esta manera justificar lo que percibían.

También de este tipo de crónica, podemos describir la posición del cronista como *observador*, que se desempeña como testigo de los hechos, que describe unas prácticas, un devenir de los acontecimientos más que investigar o interpretar la realidad social. Es decir, los estudiantes evidencian un primer estadio de producción periodística: la comprensión de la realidad mediante su observación y percepción. Igualmente, es importante en este punto resaltar que, si bien las crónicas presentan ciertos grados de ironía, sarcasmo y algunos adjetivos que dejan entrever proximidades, admiración y afectos de los autores con los personajes, no son de corte poético, como lo fue en su momento la crónica modernista, más bien se alejan de allí y construyen el relato a partir una prosa que transita entre la coloquialidad e intentos de formalidad. Dicha formalidad es construida a partir de la incorporación de elementos como la referencialidad, aunque de manera accesoria.

Por último, podemos decir que estos escritos se inscriben sutilmente en la crónica latinoamericana, por lo menos en dos aspectos: por un lado, existe en los relatos diferentes grados de inmersión en las cotidianidades de sus personajes, bien sea durante algunas horas, un día completo o una semana entera, tiempo que es dedicado a la observación

participante con fines de producción periodística que implica: articular recuerdos con la nueva información obtenida, captar detalles estéticos, volver relato a un personaje o situación cotidiana, acotar la realidad percibida al conflicto principal de la historia y su relación con el tema propuesto en clase, entre otros aspectos que orientan la inmersión.

Y por otro lado, estas crónicas hacen parte de una corriente del periodismo actual que busca relatar historias cotidianas, que poco resuenan en los grandes medios pero que dan pistas de cómo se vive la realidad al margen del poder.

SOBRE LAS HISTORIAS

Este trabajo recopila una serie de historias que cuentan la forma en que diversos personajes afrontaron los primeros momentos de la pandemia; las incertidumbres que trajeron consigo las restricciones impuestas por el Gobierno como forma de contener el contagio del virus en el país, las angustias que no tardaron en llegar ante la inminente disminución de los ingresos económicos y también las múltiples maneras con las que las personas y sus familias lograron salir a flote en medio de la adversidad.

Los relatos a continuación transitan entre la ciudad y el campo, esto debido a los contextos de los estudiantes, la mayoría residentes de Soacha y sur de Bogotá con fuertes anclajes en municipios y zonas rurales del departamento de Cundinamarca. Los protagonistas en su mayoría son personas que viven en lo que Jaramillo, (2016) nombra



como: “los bordes de la historia” (p. 47), personas que recrean su experiencia vital en el lado opuesto del privilegio, con carencias y vicisitudes propias de modos de vida limítrofes de los centros de poder, lo cual hace que sus historias adquieran una tonalidad particular. Considero firmemente que en la especificidad de estas vivencias, situaciones, lugares y personajes reside la importancia de esta obra.

La primera crónica, “La soledad del campo”, cuenta la historia de una pareja de adultos mayores campesinos del municipio de Tibiritá y la forma en la cual se afronta tanto la escasez que produce la pandemia así como el olvido y la soledad que se siente en las veredas de Cundinamarca aislados del mundo. En la segunda crónica, “Chispas de incertidumbre”, se relatan las dificultades por las que debe pasar la familia Valbuena en el municipio de Soacha, dada la informalidad de la actividad laboral del personaje principal; cuenta en detalle y al paso del tiempo, la angustia de un padre que ve desvanecer rápidamente el recurso económico de su hogar. En la tercera crónica, “Los dolores de Dolores en la pandemia”, se relata la experiencia de una mujer mayor campesina, quien lleva sobre sus hombros no solo las dificultades que trae la pandemia, sino también un pasado que la acompaña a todos lados. La cuarta crónica, “Seguir adelante es difícil”, describe a partir de una historia cercana, la angustia e incertidumbre que genera el desempleo y las responsabilidades que no dan espera, así como las frustraciones que trae consigo la falta de oportunidades reales. La quinta crónica “Entre el cuero y el mango se sobrevive a la pandemia”, cuenta la historia de un campesino de Anapoima que vive de la venta informal de artículos varios, así como del cultivo y comercialización de mangos. Nos comparte datos y pormenores de estas actividades a la par que nos inserta en los “ires” y “venires” de su cotidianidad. La sexta crónica “Contra todo pronóstico”, relata la historia de una mujer que no se deja vencer por las dificultades de no conseguir trabajo; no olvidar sus sueños la lleva a superarse y a abrirse paso en la gran ciudad. La séptima

crónica “La reinención en tiempos del COVID”, cuenta las hazañas de un director de colegio que lo intenta todo para mantener a flote su patrimonio familiar en momentos en los que el sector de la educación se ve fuertemente afectado; las artes marciales y la meditación son el aliciente que permite continuar. La octava crónica “Un nuevo comienzo”, relata la creatividad y espíritu emprendedor de la familia Alfonso, quienes deben cambiar sus productos de acuerdo a las nuevas demandas. La novena crónica “Ser docente virtual”, describe la ardua labor de una profesora de colegio del municipio de Soacha y las dificultades que afronta diariamente en su actividad pedagógica. La décima crónica “La historia de un duro trabajo”, relata las complejidades del trabajo en construcción, su informalidad, riesgos, inestabilidad y las añoranzas de una vida mejor. La decimoprimer crónica, “El COVID no venció a los comerciantes”, cuenta la historia de un local comercial de artículos desechables, que ve en la pandemia un riesgo y también una oportunidad de diversificar productos a pesar de las restricciones que hacen tambalear el negocio. Finalmente, la crónica número doce, “La señora Patricia y sus tapabocas”, narra la historia de una mujer costurera que ve en los tapabocas la oportunidad de salirle al paso a las dificultades económicas que trae la pandemia; esta es una crónica sonora dado que el autor es invidente. Así mismo, los lectores encontrarán un apartado final que da cuenta de los aprendizajes que nos deja esta experiencia.



LAS CRÓNICAS

La soledad del campo

Andrea Carolina Chamorro

Cundinamarca es uno de los 32 departamentos que conforman el territorio colombiano, cuenta con alrededor de 2.891.713 personas, es decir, el 5 % del total de la población colombiana, según proyecciones oficiales. En estas grandes extensiones de tierra, se encuentra Tibiritá, municipio colombiano ubicado a 129 km del Distrito Capital, rodeado de veredas, vegetación, y cuenta con una maravillosa gastronomía que atrae principalmente turismo local, por lo cual, es un pueblo poco conocido.

Socuata es una de las veredas pertenecientes a esta región, con una riqueza natural incalculable, lo que la hace uno de los abastecedores de comida para la capital colombiana (Bogotá), con productos como el queso, leche, frijol, arveja, reses, papa, huevo, maíz, entre otros. Socuata es una vereda resguardada por montañas y pastizal, escondida entre



cultivos y árboles, dispone de una población de casi el 90 % de adultos mayores, que viven en casas pequeñas rodeadas de pasto y flores, los mismos que son los encargados de producir y hacer prosperar la tierra con su arduo y paciente trabajo.

En estas descomunales tierras viven Floralba Jaimes y Orlando Gómez, una pareja de esposos, campesinos luchadores que comienzan su día levantándose a las cinco de la mañana, Orlando es el encargado de sembrar las grandes extensiones de cultivos, y conseguir el ganado que los sustentará por un largo periodo y que posteriormente será ordeñado y cuidado por su esposa; por otro lado, Floralba es la administradora de los quehaceres del hogar.

Orlando parte todos los días a eso de las 5:30 a. m. a negociar las reses que más adelante traerá a sus terrenos, Floralba a las 7:00 a. m. se dirige a ordeñar y soltar sus vacas por todo el pastizal.

Después de alrededor de dos horas de ordeño, Floralba regresa nuevamente a casa con la leche que más adelante será utilizada para la realización del queso y la mantequilla. Luego de dejar la leche en su lugar para que repose, comienza a hacer el desayuno, las ocupaciones de casa y los trabajos que le darán el dinero de sustento para ella y su esposo. Sus principales entradas de ingreso son el queso, las reses y los huevos, productos que llevan a la plaza del pueblo de Tibiritá y que posteriormente son comprados y revendidos a la Central de Abastos de Bogotá.

Sin embargo, en tiempos de pandemia todo cambió, el cierre del pueblo fue drástico, puesto que los habitantes de sus alrededores son adultos mayores, por lo tanto, se debía tener un fuerte control con la salida e ingreso de cada cosa, por ende, las plazas, mercados, tiendas y todo lo demás fue cerrado e inspeccionado por la Alcaldía Municipal

de Tibiritá; esto provocó una caída en la economía de Floralba y Orlando ya que tenían que vender sus cosechas y productos a precio de pérdida o simplemente no vender y dejar como sustento en casa.

Don Orlando pasó de matar reses cada ocho días a dejar de matarlas por los cuatro primeros meses; luego de ese tiempo, pudo volver a su labor pero no hubo gran diferencia, pues no había quién comprara ni negociara las reses, por lo tanto, esta fue una de las pérdidas más radicales que tuvieron, ya que era uno de sus mejores sectores financieros que les permitía sostenerse en cuanto a alimento por cerca de dos meses; por otro lado, Floralba siguió ordeñando y haciendo el queso, pero esta vez para vender a sus vecinos a un precio más bajo, esto le permitía poder comprar cosas como aceite, arroz, papel higiénico, un poco de verduras, entre otros.

Las pérdidas de productos, la falta de dinero, la soledad, el miedo al virus y el cambio repentino de la rutina provocaron en Floralba y Orlando un alto nivel de estrés. Como toda persona mayor, ellos sufren de enfermedades como hipertensión y diabetes por lo que tenían que salir e ir a citas médicas en Bogotá aproximadamente una vez al mes, es decir, que la pandemia y los cierres provocaron la total falta de sus medicinas y tratamientos.

Finalmente, después de siete meses de un cierre parcial, las veredas y pueblos comenzaron a reabrir poco a poco el sector comercial, lo que causó un poco de alivio económico para Floralba y Orlando, puesto que pudieron vender sus cosechas y productos nuevamente a un precio de mejor ganancia. Luego de un largo tiempo de espera, han vuelto poco a poco a reactivar sus labores normales, a negociar y a cultivar. Floralba y Orlando agradecen día a día a Dios y a la vida porque, a pesar de las dificultades y problemas, siguen con vida y luchando diariamente por lo que quieren y les gusta, aun cuando padecieron la soledad del campo en la pandemia.

Chispas de incertidumbre...

Daniel Felipe Valbuena



Una chispa que salta de un hilo brillante al calor de $3.500\text{ }^{\circ}\text{C}$ es suficiente para estremecer todo el cuerpo a una persona; yo no acostumbraba a usar camisa de manga corta, pero no tenía otro chiro viejo que ponerme para trabajar con mi papá, y cuando te inundan ambos brazos de pequeñas escorias incandescentes es inevitable querer escapar.

El ruido que soltó el metal al caerse, chocando con el piso fue suficiente para opacar el reguetón que los vecinos de la casa del frente acostumbran poner a las doce de la tarde.

—¡Agh!, se me abrió la soldadura —dijo enfurecido don Valbuena detrás de la máscara que lo protegía del brillo del electrodo.

Yo me mantenía impasible al otro lado del garaje, esperando que algo me salvara de tan semejante error. En el segundo piso, mi abuela caminaba un poco inclinada y entre dolores por la artritis reumatoide que padece desde sus años mozos, y que le ha dejado sus manos y pies torcidos.

—Ya está servido el almuerzo —gritó desde el balcón recién instalado.

—Mine a ver, mijo —dijo mi papá entre largas expulsadas de aire y completamente rojo cual tomate, que indicaban siempre tres cosas; estaba hambriento, estresado y cansado—. Cierre bien el garaje.

—Bueno, pa —le dije.

—¿Cerró bien el candado? —Sí, pa.

—¿Eché llave? —Sí, pa.

—¿En la pequeña? —Sí, pa.

—Era el mismo interrogatorio desde que por una noche se quedó sin seguro la puerta y me llevé mi buen regaño.

Subimos las escaleras hechas en lámina alfajor, que sonaba a cada paso como una estación de Transmilenio, mi papá hace una semana las había instalado y ni pintura se les había echado, estaban a metal puro.

Mi papá se sentó en el asiento principal del comedor, puso un trapo viejo para no ensuciar el cojín blanco de la silla, mi abuelita le sirvió un vaso grande de jugo para la sed, que en dos sorbos ya estaba por mitad. Yo serví mi plato y el de mi abuela y pasé al comedor. De lejos se oían voces, entrevistas, los ojos fijos en el teleprompter de un par de presentadores y efectos de sonido del noticiero.

—Mami, dejó el televisor prendido —le dijo mi papá a mi abuela.

—¡Ay!, juemadre, ya voy.

—Con esfuerzo, intentaba levantarse de la silla. —Yo voy —le dije.

Crucé la puerta que divide la sala con la habitación de mi abuela, pasando por la cocina, los ruidos del televisor se hacían cada vez más fuertes; primero, le bajé el volumen, estaba en 30, dejaría sordo a cualquiera, sonaba más duro que la pulidora. Cuando miré la pantalla aparecía la alcaldesa, Claudia López, acompañada del gobernador de Cundinamarca, el secretario general, unos militares y policías, y unas cuantas caras desconocidas para mis ojos. Dio mil y una vueltas en su discurso y, finalmente, comunicó la decisión que encendería todo...

—...Se realizará un simulacro de cuarentena en la ciudad de Bogotá, en el departamento de Cundinamarca...

—¡Ay, juemadre! —grité con pavor— ¡Pa!, pusieron cuarentena en Bogotá.

Mi taita y mi abuela exclamaron su angustia y su asombro ante esta noticia; sonaron los cubiertos de mi papá contra el plato y en dos segundos estaba al lado mío en la habitación de mi abuelita; tuve que sentarme en la cama para que él pasara y viera el televisor.

—No, Dios mío —exclamó mi papá— espere llamo a su mamá.

Buscó entre los bolsillos de su pantalón el celular que hace unos meses le habían comprado, lo desbloqueó con su huella dactilar, se deslizó en la lista de contactos tratando de hallar a mi mamá, sonó dos veces, le colgó.

—Esperemos que me devuelva la llamada —dijo. Finalmente sonó el celular, mi papá contestó y fue hacía el comedor...

—Gordita, ¿si viste las noticias?... ¿Y qué te han dicho en la empresa?... Ay, carambolas, ojalá no te toque ir... ¿Y Juanito? (es mi hermano mayor) ... No, él no me ha llamado... Bueno mi vida, me escribes cualquier cosa.

Se sentó de nuevo frente al plato y nos comentó:

—Que a su mamá no le han dicho nada en la empresa, ahorita entra en una reunión y me comenta a ver qué le dicen—. Mi papá siguió comiendo, pero a pesar del ruido de los platos chocando con la cuchara, se sentía un silencio de incertidumbre. Mi mamá salió temprano ese día, a la hora y media, mi papá salió a recogerla al puente del León XIII, entre bicitaxis y olor a orines, veía cómo bajaba del puente, pensando “¿cómo vamos a hacer?”. Ella nos contó al llegar...

—Me dijeron que descansaremos hasta el martes que se acaba esta vaina, y esperar qué le digan a Juanchito. —Ojalá no vaya más para largo esto —exclamó mi papá.

—No creo —dije—, no pueden parar toda la economía de la ciudad.

Dicen que las palabras tienen poder... y cómo no, un día después, el presidente de la república, Iván Duque, salió al aire con unas doce personas detrás de él, inmóviles, como sin vida...

—...Aplicaremos un aislamiento preventivo obligatorio, para todos los colombianos...

Y como dicen por ahí, en ese momento empezó Cristo a padecer...

—¿Cómo vamos a hacer con el mercado? —escuché a mi mamá decirle a mi papá en la noche.

—Será salir mañana, por ahí tengo unos pesos ahorrados del último trabajito, así por lo menos para estos 15 días que dura esta vaina.

—Pero deben estar robando mucho.

—Pues salimos los dos, tú al frente y yo detrás.

Entonces, inició para nosotros la cuarentena de verdad, aquella donde mi papá no tenía cómo trabajar, los policías hacían rondas por el barrio, y en cuanto veían a más de dos personas en el mismo lugar, imponían su multa de millón de pesos; pasaban helicópteros de la fuerza pública, en las calles reinaba el silencio y en nuestra familia, la incertidumbre de que a mi papá le llegara camello.

Al día siguiente, mi papá y mi mamá fueron a hacer mercado en el barrio, yo no fui, pues entonces era menor de edad, y así no lo hubiera sido, dudo que mis padres se hubiesen arriesgado a llevar a una persona más exponiéndose a perder un millón que no tenían, sin embargo, cuando volvieron nos contaron a todos lo que sucedió esa mañana de sábado 21 de marzo de 2020.

Las calles destapadas del barrio Olivos III sector del municipio de Soacha y las vías pavimentadas, pero con huecos, del León XIII se encontraban desiertas, como en las películas postapocalípticas que tanto les gustaba ver a mi papá y a mi mamá las tardes de domingo mientras se dedicaban a planchar las camisas y pantalones de la semana siguiente. Nadie tenía permiso de salir, a menos de que estuviera dentro de las excepciones que había decretado el Gobierno nacional, por lo que el miedo inundaba el ambiente.

Mi mamá se fue unas dos calles adelante que mi papá, yendo hacía El Líder, el supermercado más famoso del barrio, mientras mi padre iba por las tiendas de líchigo tratando de encontrar verduras para los quince días que quedaban de cuarentena.

Pasando la vía principal de Las Torres, una moto de policía venía vertiginosamente hacía mi padre, quien estaba cerca de una droguería, únicos negocios que dejaban abrir sin restricción alguna. Rápidamente, mi papá entró a la farmacia y compró unos medicamentos para mi abuelita, algo innecesario puesto que su EPS se las entregaba por menor costo, pero ante la amenaza de la policía, fue indispensable realizar la compra.

Al salir del local, la motocicleta de la fuerza pública iba muchas calles más allá, mi papá salió hacía El Líder para ayudarle a cargar a mi mamá, y con un giro, se sorprendió al ver a los policías entrar a la droguería.

—Mínimo preguntaron qué compré —me dijo mi papá cuando estaban ambos en la casa.

—¡Uy!, pa, tenaz —le dijo mi hermano, a quien suspendieron del trabajo mientras abrían de nuevo la ciudad, dejándolo en el limbo entre seguir trabajando o ser despedido. —Ya uno no se siente seguro ni de la policía — dijo mi mamá.

No podía creer que las calles que un día recorría con total libertad y que estaban llenas de personas, hoy estaban vacías e inundadas de incertidumbre y terror. Pero algo que realmente me quitaba el sueño en mi habitación era, ¿qué vamos a comer mañana? ¿Cómo vamos a comprar lo que necesitamos si la plata escasea y si mi papá no puede trabajar?

Los días posteriores eran un desastre económico brutal, las noticias no eran alentadoras, las conversaciones giraban en torno a las cifras de recuperados, de muertos, de casos positivos; mi papá parecía hacerle buena cara a la situación diciendo cosas como:

—Yo voy a descansar, esperar que todo esto se solucione... —Pero por dentro yo sabía muy bien lo que sentía él, angustia y desesperación, los días se contaban y el trabajo no llegaba, y aunque mi mamá seguía trabajando, un mínimo no alcanzaba para los cinco, y así fue, había más gastos enormes que se avecinaban estrepitosamente contra nuestras finanzas.

Llegó el 6 de abril, faltaba una semana para que se acabara el aislamiento y pudiésemos volver a nuestra vida cotidiana, serían unos días y todo acabaría. Pero a las seis de la tarde la peor noticia que nos podía llegar, llegó, y nos dejó perplejos.

—Mantener el aislamiento preventivo obligatorio del 13 de abril hasta el 27 de abril... —dijo el presidente en su alocución de cada día en la tarde, con su traje siempre oscuro y su cara seria entre todos los ministros e invitados del programa.

Mi papá estaba cansado de estar encerrado...

—No, yo tengo que hacer algo o me enloquezco —decía mi papá, ya rojo de la rabia, pero él sabía que no había respuesta a su plegaria.

—¿Y el carnet de la empresa? —le dijo mi mamá.

—¿Cómo así? —le pregunté.

Mi padre había trabajado por muchos años como mensajero en la empresa donde trabajaba mi mamá, el carnet no tenía fecha de vencimiento, por lo que, si lo detenía la policía, no habría prueba de que no era empleado allí y estaba haciendo alguna diligencia propia de su "oficio".

—No, pa, pero si lo descubren, se lo llevan. —le dijo Juan.

—No, pues yo le hago una carta de permiso de movilidad y pongo mi número, igual soy la secretaria de Gerencia —solucionó mi mamá.

Y quien lo vea dirá que es un delito, que es falsificación de documentos, pero quien profundice sabrá que una oportunidad así debíamos aprovecharla, y más sabiendo que uno de los amigos de mi papá tenía la idea de negocio definitiva; los dispensadores de gel antibacterial eran una necesidad, y mi papá sabía cómo hacerlos.

Duró dos meses haciendo los dispensadores, vendió dos, y se acabó el negocio, ya nadie necesitaba un dispensador, todos tenían ya uno y para qué tener otro.

—¡Agh!, esto no sirvió, no sé qué voy a hacer, no tengo plata, a su mamá le pagan hasta dentro de dos semanas, ¿y mientras qué? —me dijo mi papá durante el almuerzo.

—Pa, no se preocupe, Dios proveerá, no podemos darnos por vencidos, de algún lado saldrá el trabajito.

Mi papá vagó de arriba hacia abajo con la moto, fue a Arborizadora Alta, a Matatigres, a Hogares de Soacha, al norte, al centro, al sur, no había trabajos con los que tener ganancias, el desespero por el dinero era demasiado, y la situación que duraría quince días ya se acercaba a los cuatro meses. Finalmente, llegó la llamada definitiva, aquella que surgió como luz de esperanza en el camino de la emergencia económica que atravesamos en nuestra familia.

Aquel día, mi padre se estaba bañando cuando sonó el celular, yo estaba en clase por lo que no pude contestar el teléfono, mi abuela estaba haciendo un tinto para el frío, además, contestar esa tecnología era algo que no se le facilitaba; y mi hermano y mi mamá ya estaban trabajando presencialmente.

El celular sonó una, dos, tres veces, creíamos que era algo urgente, pero mi papá nos había dicho...

—¡Agh!, eso es su tío, mínimo se le dañaría la moto.

Pero el celular no dejaba de sonar, parecía que se fuese a descargar el móvil de tanto sonido y vibración; finalmente mi papá pudo contestar el teléfono.

—Q'hubo mijo... No, que me estaba bañando... ¿En serio?... ¿Y a dónde?... ¿Y cómo haríamos?... Listo, entonces, hoy nos encontramos y me dice dónde es... Gracias, entonces, aquí nos vemos.

Había un rostro de felicidad en la cara de mi papá, era raro verlo verdaderamente feliz, me asombraba ver su cara sonriente, sin preocupaciones.

—¿Qué pasó pa? —¡Me salió un trabajito allí a tres casas, un par de ventanales! —me dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Desde entonces mi papá ha recibido trabajos más seguidos, incluso ha podido tener el lujo de descansar un domingo, sin preocupaciones. La cuarentena no ha terminado, extraoficialmente la gente ya puede salir con completa libertad, aún con el miedo de un virus que recorre las calles, pero con más libertad, y mi papá con más alegría en su rostro.

Los dolores de Dolores en la pandemia

Nicolit Villada Gómez

María Dolores Gómez, de 73 años, ha dedicado su vida al campo, a sus hijas y nietas y vive del comercio de sus productos y los buenos negocios de sus tierras; pero la vida ha sido dura con ella desde los 13 años. En 1947 presenció la muerte de sus padres en una finca en Chinchiná, Caldas, en épocas de la violencia, pero ni siquiera eso ha apagado la luz que aún se ve en sus ojos, que expresan dulzura, sabiduría y carácter de firmeza en la vida.

En 1952 conoció al hombre que más adelante sería su esposo y el padre de sus hijas. Un hombre de semblante fuerte, campesino y trabajador, llamado José Antonio Gómez, con quien compartía el mismo apellido, aunque no tenían ningún parentesco sanguíneo, sin embargo, los unían las mismas cicatrices de un pasado de violencia en



Colombia; parecían almas gemelas y juntos se esforzaban por mantener felices a sus cinco hijos, cuatro mujeres y un hombre, llamado igual que el padre, a quien sus amigos le decían Nachis y se caracterizaba por el amor a sus cuatro hermanas y a sus padres.

Cuando Nachis cumplió 18 años, decidieron mudarse a Zipaquirá, Cundinamarca, con el propósito de mejorar la educación de los jóvenes y de tener un cambio de vida. Todo cambió al llegar allí, tanto que una mañana de 1992, cuando Nachis se dirigía a casa de un compañero a comprar un regalo de una de sus hermanas menores, según algunos testigos, fue acechado por dos hombres en una camioneta de placas desconocidas, se encontraban armados y procedieron a pegarle con el arma en la cabeza y se lo llevaron en la camioneta. Este testimonio nunca fue confirmado, pero fue el más escuchado por la madre, el padre y las hermanas de la víctima. Desesperados fueron a buscarlo a los lugares cercanos, imploraban a gritos respuestas por su hijo, pero tanto policías como investigadores de las instituciones con sede en Zipaquirá les respondían que el caso estaba en proceso de investigación.

La familia, en su afán, lo buscaba por las emisoras de la época, en donde en varias ocasiones avisaban de personas que habían sido encontradas como muertos sin identificación, pero en ninguna de las visitas lo encontraron, ni en hospitales, ni en la morgue.

En ese momento, cuentan algunos investigadores, en la emisora se anunció que días antes había desaparecido un joven con las mismas características físicas, y que fue brutalmente asesinado, su cuerpo se halló con marcas de golpes y partes incineradas, Dolores siempre cuenta que no quería que fuese su hijo; al entrar al cuarto de reconocimiento la invadió la intuición y negación de una madre que jamás desearía que su hijo se encontrara en este estado. Efectivamente no era él, esto lo vio al observar su ropa y su dentadura, esta visión la trastornó durante bastante tiempo.

Pero en el corazón de Dolores y su familia seguía la impotencia: “Es muy triste, estaba enloqueciendo, ya sentía que mi cuerpo físicamente estaba agotado, no daba más en la búsqueda imparable de mi hijo; cuando no sentía respaldo ni siquiera de las autoridades locales; tuve mi peor pesadilla de la vida, que aún no ha tenido fin, lo buscábamos en los municipios cercanos como: Chía, Cajicá, Nemocón, Pacho y Ubaté. La respuesta de la policía era siempre la misma; que tal vez pertenecía algún grupo ilegal, o que tenía problemas; pero mi corazón sabía que a mi hijo le había pasado algo terrible; pero el menos culpable era él, fue un joven desaparecido de los tantos en este país de injusticia ni vivo ni muerto, mi esposo murió en la espera de respuesta de nuestro amado hijo”. Relata la abuela, que actualmente, en el año 2020 y después de 28 años, aún vive en Zipaquirá y se niega a vivir con alguna de sus hijas en las ciudades donde se encuentran como: Medellín, Bogotá, Cartagena, esperando la respuesta de que su hijo se encuentre con vida.

Como si el tiempo no la perdonara, es una víctima más de la pandemia del COVID-19, ya que sus hijas viven al otro extremo del municipio donde ella se encuentra; tuvo que estar sola dos meses sin recibir visitas y manteniéndose con lo que producía su finca, pues, al pertenecer a la tercera edad, tenía estricta restricción de salir, aun así se reinventó y empezó a cultivar más de lo que tenía, ahora es una emprendedora en un proyecto de quesos caseros de la región.

Seguir adelante es difícil

Brigithe Rodríguez Garzón



Los días de Claudia Jazmit Garzón transcurren entre estar pendiente de los asuntos del colegio de su hijo Jarol Muñoz; aguantar el mal genio de su hija Brigithe Rodríguez; hacerse cargo de los quehaceres de la casa; enviar hojas de vida por internet, a través de Computrabajo; asistir a entrevistas *online*; pasar el poco tiempo que queda entre días para permanecer acostada, llorar y pensar en soluciones para poder sostener a su familia y uno que otro día yendo a la casa de su hermano Edwin Garzón y su tía Mery Prieto para hacerles el oficio. Después de tantas entrevistas y hojas de vida enviadas, su celular suena y se le notifica que ha sido seleccionada para un puesto de cobranza en una campaña nueva de Falabella. Claudia está eufórica, porque después de meses de buscar trabajo, por fin le llega una buena noticia.

Claudia siempre tuvo sueños que por el camino se quedaron atrás debido a las diferentes situaciones que se han presentado en su vida. Ella en el colegio siempre sobresalió; aprendió a leer a los 3 años; estuvo en colegios privados, gracias a que su padre Enrique Garzón ideó una vida llena de éxito para sus hijos y los apoyó hasta un punto, pues se volvió alcohólico y sus prioridades cambiaron, debido a esto y al hecho de que su madre, Inés prieto, la abandonó para irse a vivir con otro hombre, Claudia empezó a hacerse cargo de sus hermanos y de mantener todo en orden en casa. La señora Garzón ocupaba los primeros puestos en el colegio y no solo de su clase, sino a nivel general; participaba en los eventos realizados, bailando y haciendo fonomímicas. A raíz de esto, ella tenía el gran sueño de ser cantante o bailarina. Se reunía con las mamás del jardín de su hija y ensayaban por horas, bailes que presentaban en los eventos del jardín.

Claudia, dos meses antes de que Colombia entrara en aislamiento preventivo obligatorio el 24 de marzo, renunció a su trabajo con la esperanza de conseguir otro muy pronto y con mejores condiciones. Siempre había trabajado en *call center* en la misma empresa. Empezó con medio turno por la tarde, trabajaba de dos de la tarde a nueve de la noche, Brigithe estudiaba en las tardes, así que ella alcanzaba a dejarla en la escuela y se iba a trabajar; a la salida de la escuela, su madre recogía a la niña y la dejaba en casa. Luego de unos años, tuvo a Jarol y logró pasarse al turno de la mañana. Una señora que vivía cerca de su casa cuidaba a Jarol y ella llevaba a la escuela a Brigithe. Más adelante, su hija se encargaba de cuidar a su hermano en sus tiempos libres mientras ella trabajaba. Al pasar de los años, como vivían en la casa de su papá alcohólico, su lucidez y cordura ya no existían y se ponía violento.

Después de una noche en la que intentó atacar a Brigithe, ella convenció a su madre de irse de la casa del abuelo y lo hicieron, gracias a que en esos momentos habían adquirido un apartamento en Ciudad Verde, en Soacha (el proyecto de vivienda más grande del

país, inaugurado en el 2010), el cual fue entregado a final de 2014; el año siguiente, en el 2015, se mudaron al apartamento junto al papá de Jarol, quien solo le dejó malos recuerdos. Claudia siguió en el mismo trabajo, y después de tres ofertas para mejorar sus condiciones, ella aceptó, las dos anteriores no lo hizo porque no eran estables y podría perder su trabajo, pues era en campañas nuevas que se podían terminar en cualquier momento al no funcionar y así fue, las personas que aceptaron se quedaron sin empleo.

La oferta que le hicieron era para trabajar más horas entre semana, pero los fines de semana le quedaban libres. Su puesto todavía era en un *call center*, pero sus condiciones mejoraron de manera notable y se sentía cómoda en su lugar de trabajo. Su puesto en Bancolombia no era directo con la empresa, pues seguía trabajando para la misma empresa: Allus, la cual nació en 2008 y en 2016 cambió su nombre a Konecta, debido a que esta empresa lo compró bajo el nombre de Multienlace en Colombia. Finalizó la campaña de la que hacía parte Claudia, y ella y su compañera, con la que había entrado a la campaña, quedaron en el aire, pues la empresa no tenía muchas vacantes.

Sin embargo, la muchacha logró conseguir otro trabajo y a Claudia la metieron en otra campaña, pero ahí empezaron los problemas. La llegada a la empresa en la que la dejaron se dificultaba más, tenía que salir más temprano y llegaba más tarde; las horas de jornada eran más largas, así que debía trabajar fines de semana y, para sumarle, el sueldo era mucho menor, así que los gastos en casa eran una dificultad. Ella era la única que daba económicamente y, a pesar de que el papá de Jarol ya no vivía con ellos, esto no había cambiado, debido a que él nunca ayudó con los gastos de la casa, y para agregar, él era un gasto más para la señora Garzón.

En ese trabajo duró siete meses, las metas que les ponían eran casi imposibles de alcanzar, pues ella cobraba, pero manejaba los casos más difíciles, le tocaron las personas que nunca pagan. El ambiente laboral era pésimo, todos con la misma presión, no se

ayudaban, cada pregunta que tenían era un problema porque no había quién lo resolviera, la jefa solo se encargaba de gritarlos y presionarlos. Claudia se sentía agotada, frustrada y decepcionada, no aguantaba un día más allá, así que simplemente un día dejó de ir, con la esperanza de obtener trabajo rápido, pero no tenía en cuenta, ni sabía, que una situación que alteró a nivel mundial iba a afectar su búsqueda.

Entre 2010 y 2016, el empleo en *call center* aumentó en un 13,8 %. En 2016 se contaron 225.713 empleos en estos puestos. En el 2018 en Bogotá, con el 40,01 %, concentró la mayoría de empleos en este sector, y el 80 % de las personas que están en estos trabajos son jóvenes entre los 18 y 30 años. Este tipo de empleos son muy rotativos, los jóvenes cambian de empleo muchas veces y cómo se maneja por campañas, muchas son temporales, y dejan otra vez a sus colaboradores sin ocupación al terminarse. A parte de esto, a pesar de que en todo momento están recibiendo para el puesto, no es fácil conseguir el trabajo, pues, así como en otros puestos, en su mayoría piden experiencia y las edades en las que se recibe son mínimas, por esta razón después de una edad, las personas sufren a la hora de buscar trabajo.

Esta es una de las razones por las que Claudia ha durado meses enviando hojas de vida sin resultados alentadores. Otra de las razones ha sido que ella no ha querido trabajar más en ese campo y como tiene un tecnólogo en contabilidad, ha enviado su currículo para ese cargo, pero se graduó hace años, no tiene la experiencia laboral y su edad ya sobrepasa, porque las empresas buscan jóvenes, no muy jóvenes, y mayores, no muy mayores. Claudia parece estar fuera de ese rango. Logró tener una entrevista para auxiliar contable, pero el puesto se lo quedó una joven de 20 años, practicante del Sena.

La tercerización es muy común en Colombia, trata de la contratación de servicios de una empresa a otra empresa. Esto se utiliza para economizar gastos, y cuando estos servicios son directos con los clientes o consumidores, la empresa que contrata no asume errores o problemas ocurridos, estos se remiten directamente a la empresa tercerizada. De esta manera, las empresas se ahorran dolores de cabeza. Además, los terceros no tienen la capacidad de ejercer frente a los contratistas la potestad reglamentaria y disciplinaria, ni imparte las instrucciones de tiempo, modo y lugar para la ejecución de la labor de sus trabajadores. El Decreto Reglamentario 583 de 2016 lo avala. Esto permite que los sindicatos disminuyan, pues los trabajadores no pueden exigir mejoras en la empresa que laboran y la empresa que contrata no puede hacer mucho. También se utiliza para cuando una compañía necesita trabajadores solo por un periodo determinado. En 2017, Acoset registró 500.000 empleados en esta modalidad, sin contabilizar todos los que estaban vinculados ilegalmente.

Brigithe, su hija, al mes de la renuncia de Claudia, consiguió trabajo como auxiliar de reservas *online*, duró un mes trabajando, y el país entró en cuarentena.

La empresa envió a la mayoría de empleados a trabajar en casa. Trabajó una semana de esta forma y la compañía suspendió a la mitad de sus colaboradores, entre esos Brigithe. Decameron (empresa hotelera, fundadora del todo incluido) informó antes de cuarentena el cierre de sus hoteles por dos meses, porque no se querían ver envueltos con un caso de COVID, y, además, así daban la imagen de cuidar la salud de sus clientes. Su suspensión no los alarmó en casa, pues la empresa le iba a seguir pagando hasta que se acabara el contrato que duraba cuatro meses. Estaban tranquilas porque no creían que la situación se alargara. Pasaron los meses y Colombia seguía en aislamiento preventivo obligatorio, su contrato terminó y la angustia entró.

El DANE registró en mayo que el 43,5 % de los desocupados registrados perdieron su empleo por causa de la pandemia. La tasa de desempleo de los hombres fue de 18,6 %, el de las mujeres del 25,4 % y el de los jóvenes de rangos entre los 14 a los 28 fue de un 26,6 %.

Los primeros meses de cuarentena, el sustento en casa fue la liquidación de Claudia; las cesantías que logró sacar y el subsidio de desempleo; el primer mes hicieron un mercado en Colsubsidio con \$50.000 que la Alcaldía de Soacha le dio a ella y a su hija; y el pago que le hicieron a la señora Garzón por ir a hacer aseo en casas, ya que, a pesar de tener que estar en aislamiento, necesitaban tener como sostenerse. Aparte, su hermano Edwin le colaboraba con una cuota mensual; su madre les regalaba mercado de vez en cuando; en una ocasión, el papá de Brigitte, exesposo de Claudia, le colaboró con plata; y el vecino del primer piso les traía legumbres que le regalaba una señora que vendía en la calle, cada vez que los alimentos estaban por dañarse. La plata que le llegaba a Brigitte de la empresa, la ahorró para pagar la universidad. Ella se postuló a una beca, pero no fue beneficiaria, así que su plan era aplazar el semestre, sin embargo, Claudia insistió en que siguiera y que no podía perder tiempo, pues ella se encargaría de todos los gastos en la casa. Brigitte intentó con la venta de unas blusas, pero fracasó. Las blusas están ahí listas para que alguien las compre en cualquier momento y pueda recuperar la plata. Después de esto, Brigitte encontró una aplicación para vender productos por internet sin invertir, ganando por comisión, la cual la pagaban cada viernes y el dinero le llegaba a la cuenta de Nequi. No vendió mucho, pues los productos eran costosos; debía ganar la tienda, la aplicación y ella. Pero de nada a algo... no se quejaba.

Después de que la cuarentena finalizara el 30 de agosto, las empresas empezaron a reanudar sus labores. A Claudia, luego de enviar cientos de hojas de vida y haber asistido al menos a media docena de entrevistas, la llamaron para notificarle que fue seleccionada

para trabajar en un *call center*, en el sector de cobranza, en una nueva campaña. Brigitte no estaba en casa, pero al llegar a las seis de la tarde, su hermano emocionado, le dijo que su mamá ya tenía trabajo, y ella le confirmó que al otro día debía ir a capacitaciones. Para llegar al lugar, Claudia atravesó Bogotá, pues está cerca a la 170, en la otra punta de la capital, pero esto no fue un obstáculo. Pasó con éxito las capacitaciones y sobresalió en las pruebas.

El último día la enviaron a hacerse los exámenes exigidos para poder firmar contrato; en la mañana le realizaron los exámenes y en el transcurso del día les notificaron el día y la hora para firmar contrato. La noche llegó y en el grupo de WhatsApp que crearon, el líder nombró a tres de sus compañeros de las capacitaciones para firmar contrato al día siguiente. Claudia había tenido angustia, porque un problema auditivo. A sus 18 años su audición disminuyó notablemente, prácticamente no oía. La operaron a los 19 años, pero tuvo un mal procedimiento, así que tuvo dos cirugías más. Estaba perdiendo nuevamente su escucha, debido a su problema y a que llevaba más de 10 años trabajando en *call center*, los audífonos contribuyeron.

Finalmente, no la citaron para firmar contrato, la expulsaron del grupo de WhatsApp y, como es costumbre de las empresas, no informaron por qué no fue seleccionada para el puesto. Su hija ha ido a trabajar a un asadero en Castilla, donde trabajó antes de conseguir el puesto en Decamerón, la llamaron a cubrir turnos y el último domingo le pidieron ir todos los domingos. Claudia sigue en la espera de ser contratada. Sin embargo, después de días de expresar su depresión de diferentes formas, está decidida a continuar con sus estudios el año siguiente para mejorar sus oportunidades laborales y seguir adelante.

Entre el cuero y el mango, se sobrevive a la pandemia

Laura Alejandra Rojas

Los tiempos de pandemia, sin duda alguna, han afectado un amplio sector de la economía y la educación en el país, a pesar del panorama tan desolador que se presenta en la ciudad, las familias del campo y las regiones más apartadas de la nación no se quedan atrás con dicha afectación.

La historia particular de un hombre netamente campesino, con una estatura promedio de 1,60 metros, cabello negro, piel trigueña y contextura mesomórfica, una persona que no solo se gana la vida con el trabajo del campo, también es comerciante y vende todo tipo de productos relacionados con artículos en cuero 100 % de calidad, para damas, caballeros, niños, jóvenes y adultos mayores; algunas de sus mercaderías son bolsos, maletines, canguros, morrales, chaquetas, abrigos, gabanes, chalecos, billeteras,



monederos, porta billetes, estuches para celular, porta navajas, correas, zapatos, botas, botines, pantalones, faldas, etc. Ofrece una amplia gama de productos, lo mejor es que puedes escoger o mandar a hacer el diseño y color que prefieras.

Don Luis Rojas me cuenta que es un comerciante independiente, es decir, que no tiene un puesto en algún lugar de la calle, sino que va puerta a puerta. Me dice que cuando no tenía carro propio para movilizarse, debía desplazarse caminando hasta cierto tramo para tomar el bus, “antes me levantaba todos los días a las cinco de la mañana para salir de mi casa a las 6:00 a. m. a vender mis productos. Siempre agarro una bolsa plástica negra de las más grandes para llevar ‘mi mercancía’. Muchas veces he caminado durante cuarenta minutos o más con mi bolsa llena al hombro, que aproximadamente pesa unos treinta kilos; la mayoría de veces cargo otra bolsa con mi mano restante para llegar al caserío más cercano, llamado San Isidro y tomar el bus que parte todos los días a las 7:00 a. m.”.

Suspirando y recordando, el señor me dice: “Luego de emprender el viaje comienza mi aventura, pues voy a la deriva sin saber si tendré un día de éxito o no, pero a pesar de eso, siempre voy con la mejor actitud y disposición”. El bus pasa por distintas veredas o caseríos, y me enumera cada una: “Primero pasamos por Naranjalito, luego por Naranjal, después pasa por el caserío de Los Mangos, luego por distintas veredas como: Salcedo, Pantanos, Charco Largo y las Orquídeas, un trayecto que dura aproximadamente una hora hasta llegar al Municipio de Apulo”.

En este lugar se puede tomar un bus para ir hacia Viotá, Tocaima, Agua de Dios, y llegar al terminal de Girardot, en Apulo, también se puede agarrar un bus que va hacia Anapoima, El Colegio y llega al terminal de La Mesa. Don Luis me dice que suele desplazarse a cada

uno de esos lugares e incluso a las ciudades o sectores más cercanos, como Melgar, Fusa, Soacha y Bogotá. “Hace muchos años iba a Boyacá, Duitama, Sogamoso, Tunja, Zipaquirá, Ibagué y otros municipios o ciudades para ganarme la vida honradamente”.

Antes del (SARS-COVID-19), tuve la oportunidad de acompañarlo a uno de sus viajes, esta vez, me permitió subirme a su carro para emprender el camino, ahora desde su vereda, La Guásima, ubicada en el municipio de Anapoima, Cundinamarca, situado a 710 metros sobre el nivel del mar (m s. n. m.). Nos levantamos a las 4:00 a. m. para salir a las 5:00 a. m. Se despidió de su esposa con un beso, le pidió que le diera la bendición y que le deseara buena suerte para que le fuera bien en su día.

Salimos de la casa bajando diecinueve escalones entre oscuro y claro, para llegar al garaje donde se encontraba la camioneta. Mientras el señor dejaba calentar el carro por cinco minutos, yo me detuve a escuchar el canto de los pájaros y grillos que nos acompañaban a esa hora, sentir la brisa tan suave, fría y cálida que tocaba mi piel y respirar el aire que se mezclaba con el olor a diésel que expulsaba el exosto de la camioneta en pequeña cantidad.

Me dijo, “ya nos vamos”, y me dejó sentar en la silla de copiloto, nos abrochamos los cinturones, se echó la bendición y emprendimos el camino, bajábamos por la montaña con una velocidad de 35 a 40 kilómetros por hora, pues la carretera no se prestaba para andar a más, se podían sentir los estrujones, a la corta luz del día y con ayuda de las farolas del carro se observaban los huecos y la mala condición de la carretera, escuchando salsa de los Latin Brothers a un volumen moderado, se nos acertaba más el camino. Me iba contando una serie de mitos que la gente dice que han ocurrido en unas zonas específicas de la vereda. Casi a mitad de camino pasamos una pequeña quebrada, vi

un animal correr para refugiarse y adentrarse, en lo más profundo del bosque junto con el deslumbrante amanecer, le pregunté: “¿Qué es eso?”, “es un runcho, más conocido como zarigüeya o chucha, eso depende del contexto y lugar donde estés”.

Después de 45 minutos de trayecto, abandonamos la carretera destapada y tocamos el pavimento, pasando por una pequeña inspección llamada “San Antonio”. Seguimos avanzando y los otros minutos restantes se convierten en una hora. Llegamos a Anapoima, luego, tomamos la carretera principal para dirigirnos hacia Girardot, con una velocidad de 80 a 90 kilómetros por hora, dejamos Anapoima para adentrarnos hacia Apulo, luego Tocaima, después Agua de Dios y, finalmente, Girardot, donde llegamos a las 7:00 a. m., un recorrido de dos horas exactas.

Don Luis buscó un parqueadero para dejar su carro seguro, finalmente lo encontró, agarró sus bolsas, la más grande la llevaba en el hombro derecho atravesando su mano izquierda por encima de la cabeza y con la mano derecha cargaba la otra bolsa. Comenzó su ardua tarea y en el camino me contaba los lugares a los cuales se iba a dirigir para enseñar sus productos y cobrarles a sus clientes que le decían que ya podía pasar por su “saldito”. Nos dirigimos a la DIAN, donde la temperatura aún se encontraba fresca, y al parque iban llegando los vendedores ambulantes para instalar sus “carretas” de raspaos, luladas, limonadas, conos, helados, almojábanas, masato, empanadas, buñuelos, avena, mecato, y el infaltable señor de los Bonice, las Popetas de caramelo y mantequilla y el Vive 100, que iba presionando su campanita al mismo tiempo que gritaba: “¡Bonice, Bonice, Bonice!”, incesantemente.

Por fin nos encontramos con el edificio de la DIAN, que se componía de tres pisos y el sótano, su color aparentemente blanco, pero que ya de tantos años se tornó amarillento. Subimos una especie de rampla para llegar a la puerta principal que no era tan vieja,

porque era de vidrio con un marco, constaba de dos compartimientos del cual solo se abría el derecho. En la parte izquierda se podía observar un adhesivo exterior en cuyo centro estaba la palabra "DIAN". El guarda de seguridad nos abrió la puerta y nos recibió muy atento: "¡Buenos días, don Luisito!", le dijo y él lo saludó de igual manera, charlaron un rato y le pidió que, por favor, le dejara requisar las bolsas, se dio cuenta de que todo estaba bien y le permitió el paso a lo que Don Luis le respondió: "Gracias, mire aquí le traje unas naranjitas pa la sed", el guarda le agradeció y continuamos.

Le vendió y enseñó sus productos al personal de altos y medios mandos de la institución, me quedé callada observando, la retórica y el poder de convencimiento que usaba para persuadir y vender sus productos, me di cuenta de que vendía sus palabras más que el artículo. Y así se iba encontrando con el personal, muchas veces le tocaba esperar diez o treinta minutos a que tuvieran tiempo libre, para poder proseguir con su trabajo. En asuntos de pago era igual, solo que aumentaba el tiempo, a veces hasta tres horas, en ese lapso visitó los otros lugares.

Su día terminó en la DIAN, se dirigió al parque para descansar un rato y tomar una bolsa de agua, luego, sacó su billetera del bolsillo que se encontraba en la parte izquierda de su camisa, la abrió y sacó una clase de lista, donde tenía los apuntes de todo lo que haría en el día, buscó un bolígrafo en su pantalón, apoyó la lista sobre la billetera, leyó minuciosamente y tachó la parte que decía "ir a la DIAN, cobrarle a don Juan Carlos y enseñar bolso a doña Dora" y demás encargos. "Ahora me voy para los juzgados".

Eran las doce del mediodía, la temperatura oscilaba entre los 23 y 33 grados centígrados, Don Luis estaba vestido con un pantalón de paño color gris, una camisa color azul, zapatos formales y cinturón en cuero de color negro, el bochorno era desesperante, la

brisa era caliente y se escuchaba que estaba calentando terriblemente, que ojalá lloviera en la noche, el clima era tan incómodo que daban ganas de despojarse las vestiduras, le pregunté a don Luis que por qué se vistió así, que debió traer algo más cómodo. Y me dijo que se iba elegante porque iba a trabajar en oficinas y con personas importantes.

Mientras me comía un helado me di cuenta de que, en el parque principal, frente a la Alcaldía, se encontraba la estatua de Simón Bolívar, como símbolo representativo de la región. En el año 1800, según datan los registros, cuando no había más de veinte casas y el que le daba todo el reconocimiento era el río Magdalena, debido a que era el puerto fluvial más cercano, donde se encontraban pequeñas y endebles cabañas cercanas a su orilla, que luego se transformaron en caseríos, el 9 de octubre de 1982 recibió el nombre de Girardot, gracias a la ayuda de los señores Ramón Bueno y José Triana, que donaron un lote inmenso para la construcción de casas.

El municipio que hoy en día puede ser catalogado como una ciudad, debido a que es bastante grande, está situado a la margen derecha del río Magdalena, a una altura de 326 metros sobre el nivel del mar, con una temperatura media de 30 °C. Gracias a su ubicación geográfica y posicionamiento con respecto al río, se convierte en una gran intersección del comercio desde el centro del país hacia el sur y el occidente con salida al puerto de Buenaventura. Así se iba pasando la tarde, son las 4:00 p. m., y don Luis aún no almorzaba, pues no le quedó tiempo, se la pasó de aquí para allá y de allá para acá, fue a los juzgados, a la universidad UNIMINUTO, a la Alcaldía y al terminal, donde también tenía varios clientes. A las 6:00 p. m., por fin se dirigió a un asadero de pollos para almorzar, pidió un cuarto de pollo, papas saladas, mucho ají y una Coca-Cola personal bien fría. Le pregunté que si siempre hace lo mismo. Él me respondió: "En este trabajo a uno no le queda casi tiempo, mientras almuerzo puedo estar perdiendo una venta más y el éxito muchas veces depende de grandes sacrificios".

Media hora después, emprendió nuevamente el mismo camino para regresar a casa, donde su esposa lo esperaba con los brazos abiertos para preguntarle cómo le fue en el día.

La cuarentena ocasionada por el nuevo virus, le está dando un golpe fatal a la economía colombiana, es evidente que la recuperación va a estar difícil, por ejemplo, más del 20 % de la población, lo que quiere decir que diez millones de personas están desempleadas viviendo duros momentos. Muchas de ellas tienen ahorros y pueden sobrellevar la vida, pero así mismo hay otros que no cuentan con la misma oportunidad, por lo cual se ven afectados y el nivel de pobreza nuevamente se dispara en el país.

Al principio de este escrito les decía que don Luis Rojas, aparte de ser comerciante independiente, era agricultor y se desempeñaba en varios oficios del campo, con este nuevo reto que se ha tomado el mundo entero, tuvo que dejar su trabajo con los artículos de cuero con el cual llevaba treinta años y dedicarse 100 % a la finca, mientras la situación mejora y puede volver a retomar sus actividades para buscar el sustento diario.

Y es que se debe estar en el lugar para poder apreciar el canto de los gallos a las diez de la noche, a las doce de la madrugada, y a las tres y a las cinco de la mañana, donde se comunican y se responden con los gallos del vecino, también se puede apreciar el canturreo de los grillos, levantarse, abrir las cortinas y luego las ventanas que llaman a la libertad, respirando el aire puro, mirar el horizonte y sentir que nada más te hace falta para vivir.

Es el campo el lugar más hermoso, más tranquilo, más armónico, acá se escucha el canto de las aves en lugar de las sirenas de las ambulancias, aquí puedes salir, acostarte en el suelo para mirar la luna y las estrellas, sin tener que subir hasta el último piso del edificio;

acá puedes salir a caminar tranquilo con el celular en la mano o donde quieras y no pasará nada malo; aquí abunda la gente sencilla y humilde, se tienen otros principios y valores, porque se sabe lo que es guerrear la vida desde los 6 o 7 años y nadie se cree más que nadie; acá hasta quien va en bestias saluda al que va a pie, en los otros lugares si te pasan por encima, es mucho mejor. Acá en el campo, se vive, se disfruta, se ama, se goza, se llora, se sufre y se ríe como en los otros lugares, acá se trabaja para que esa papa, esa fruta y ese arroz que está en tu plato llegue a tus manos y te alimente, todo lo que tú consumes está hecho por las manos del campesino y, aun así, muchas veces se le discrimina y se le rechaza por ser del campo.

Son las cinco de la mañana y don Luis ya se está bañando, mientras tanto su esposa se levanta para prepararle un "tintico". El señor se coloca la ropa de trabajo, se toma el tinto agarra una cantina, un lazo, un balde con agua y se va a ordeñar la vaca para llevar la leche del desayuno. La subida es agotadora, pues es empinada, luego llega a un sitio que él lo llama "la casa vieja", allí se encuentra con la vaca en el corral, que aún está acostada sobre sus patas, la llama diciéndole: "¡Colanta, Colantica! ¡Buenooooo días, la niñaaaa!, y ella asiente su llamado colocándose de pie y casi saludando, por otro lado, Alpinito que es su cría de cinco días de nacido se dirige a él para que lo consienta.

Don Luis ingresa al corral, amarra y maneja la vaca para poderla ordeñar, yo también ingreso con él para ver cómo es el proceso y consentir el ternero, me doy cuenta de que le lava bien la ubre con agua y jabón, empieza el ordeño, pero esconde la leche y me pide que me retire, lo hago y curiosamente la vaca empieza a suministrar la leche. Le pregunto qué por qué pasa eso, y él me dice: "Es que los animales desconocen, no cualquiera puede ordeñar, se requiere de paciencia y tranquilidad que se le transmite al animal para que sea generoso".

Luego de eso, volvemos a la casa, la señora prepara el desayuno. Es un rico caldo de costilla caliente, apenas se ve el vapor salir del plato, huevos criollos a la pericada, chocolate, pan y queso, ¡qué delicia! Observo que don Luis y su esposa, llamada Zulma están afanados, les pregunto “¿qué pasa?” Y dicen que se les hace tarde para el trabajo, pido acompañarlos, pero no tengo la ropa adecuada, doña Zulma me pasa una camisa vieja, una sudadera de colegio, una “cachucha” o gorra y las infaltables botas de caucho color azul, ellos se visten similar.

Le pregunto a don Rojas: “¿Cómo hace para ganarse la vida en estos momentos de crisis? Y me responde, ¡con el mango!, me dice, ¡vamos y le enseño! Observo que agarra cuatro canastillas vacías, mientras su señora toma en sus manos una “vara”, (esto es un elemento a base de una vara larga y seca de guadua, que en una de sus puntas tiene una especie de mochila larga y ancha con una cortadora, que desarraiga la fruta de su rama, está ajustada a la vara con “neumático” y la otra punta de la vara se protege con otro pedazo de neumático.

Les ayudé con dos canastillas vacías y agarramos loma arriba, en el trayecto, don Luis me dice: “Mire estos son los palos de mango, son así de pequeños y en su adultez son de este tamaño”, rápidamente pude hacer la comparación con un bebé, pues todo es un proceso que empieza desde ceros como un lactante. Estos árboles se plantan muy pequeños, empiezan a producir a los cinco años y alcanzan la adultez a los ocho o diez años, debe pasar un tiempo prudente para su crecimiento total, su longitud puede ser de ocho a quince metros de largo cuando se dejan en crecimiento libre, son bastante amplios y poseen grandes ramificaciones.

“Mi trabajo acá en el campo es coger canastillas de mango, esta finca tiene aproximadamente mil palos y las cosechas nos dan de comer, aquí trabajamos con mi esposa y mis hijos cuando les queda tiempo, porque ahora están estudiando de manera virtual”. Me asombro cuando veo que el señor se sube a los palos, agarra la fruta que puede con sus manos y la que no, la apresa con la vara, porque los palos son muy altos, mientras tanto en el suelo está la señora que apaña o recibe el mango, con sus manos para depositarlo en la canasta.

Le pregunto que por qué trabaja de esa manera, que si no es mejor agarrar el mango del palo y depositarlo en un “guango” —este es una especie de lona con una correa que se puede terciar en los hombros para guardar la fruta mientras se deposita en la canasta—, y me dice: “Sí se puede, lo que pasa es que el mango tiene un brillo y bota una especie de ‘leche’ o mancha y si lo echamos en el guango se mancha muy feo, ‘se enmelota’ y la idea es que conserve su brillo y color para vender un mejor producto”.

Le pido a la señora que me dejara ayudarle y resulta que me va muy bien, puedo atrapar todos los mangos con éxito para ser depositados en la canasta, realmente cuando el mango cae en tus manos desde cierta altura duele un poco, por eso es mejor utilizar guantes para no sentir tanto el impacto, es posible que el mugre o pedacitos de palo caigan en tus ojos causando molestia e impotencia por quererlo sacar de ahí, el señor no me quería dejar trabajar porque me dijo que si la leche de mango me caía en alguna parte de la piel me quemaría y ardería, pero yo le digo que no importaba y efectivamente así fue, me cae leche —denominada así, porque la mancha que expulsa el mango, es de color blanco como la leche— en casi toda la cara y con el paso de los días se me formó una especie de costra que luego se cayó sin dejar cicatriz.

Es impactante ver que don Luis llena sus canastillas de mango entre pintón y maduro, luego de estar recolectándolo toda la tarde, empieza el trabajo más duro, bajar las canastillas de mango hasta la empacadora que es el mismo garaje, después de una larga jornada de trabajo y un sol fuerte, el cansancio se hace notar, pero aun así falta lo más duro y no se puede parar ni mucho menos descansar, aquí también se almuerza a deshoras, Don Luis le pide a su esposa que le ayude a echar la canastilla de mango al hombro y empieza a descender la montaña hasta llegar al punto final, se trata de “subir y bajar, una y otra vez” hasta que todas las canastas estén en su lugar.

Quiero intentarlo pero es en vano, pues la canastilla llena pesa aproximadamente treinta kilos y es un trabajo casi imposible para las mujeres, pero aun así su esposa con ayuda de una lona empaca de 45 a 50 mangos para hacer lo mismo que su esposo, entonces, puedo contribuir a la causa, agarro una lona blanca y larga, le empaco cincuenta mangos y empiezo la tarea, el peso es fuerte, mientras bajas por la loma, la lona se descuadra, debes parar flexionar un poco las rodillas, hacer un mini salto para volverla a acomodar y continuar, el sol se siente quemando tu cara, vas sudando más de lo normal, el calor en los pies es insoportable por las largas botas de caucho, descargas el producto y vuelves a subir, te sientes cansado, agitado y sientes que ya no puedes más, pero toca seguir se debe bajar todo, lo más satisfactorio es sentir el viento correr en tu contra, eso te da más ganas y ánimos de continuar.

Luego de bajar todas las canastillas, que en total son treinta, como si fuera poco, comienza la otra tarea, consiste en empaclar y dejar listo el producto para vender al siguiente día, el mango es empaclado en las canastillas pero de manera adecuada, don Rojas me enseña, “vea usted tiene que coger la canastilla, dejar la parte de arriba un poco más alta que la de abajo, puede ser con un palo o una piedra y hace lo siguiente: primero a una canastilla

le caben 45 mangos; segundo se va a utilizar mango 'parejo' y 'bocaderas' (estos son los mangos más grandes y bonitos que se dejan en la parte de encima); tercero, va a hacer dos hileras, la primera de cuatro mangos parejos en la parte de inferior y la segunda de tres bocaderas que es la presentación de la canastilla en la parte superior, en total son cuatro hileras verticales de a seis mangos y cuatro hileras horizontales de a cuatro mangos".

La verdad no me va muy bien es algo complejo de aprender, también me dice que hay que sacar aparte el mango maduro, pintón y parejo así salen canastillas diferentes. Don Luis termina de empacar, amarrar y acomodar las canastillas en la camioneta a las once de la noche, al siguiente día debe madrugar a las cuatro de la mañana, para vender sus productos en la plaza de San Joaquín, nos acostamos a dormir agotados para madrugar al siguiente día.

Después de una hora de recorrido llegamos a la plaza y la canastilla de mango está entre cinco y ocho mil pesos porque hay mucha producción, siento un poco de ira, él me mira un tanto desilusionado y acomplejado, "aquí es así, uno viene a jugarse la vida con los precios, no es mucha plata, pero por lo menos hay para comer", vendemos la fruta y regresamos a su casa.

En el trayecto le pregunto si los precios siempre son así y me dice que no, que por eso su fuerte es el mango, que, así como se puede desvalorizar hay días en que su precio está por las nubes, pero eso solo ocurre cuando la mayoría de finqueros ya no tienen fruta, es un privilegio para unos pocos. Le pregunto cuánto ha llegado a costar una sola canastilla de mango y si ellos han alcanzado esos precios, "una canastilla de mango puede llegar a

valer entre cincuenta, ochenta y cien mil pesos, lo más caro que ha costado una canastilla de mango en esa plaza son \$150.000 y es muy rara la vez que alcanzamos esos precios, porque ya no hay producción, hemos alcanzado a ochenta mil pesitos, pero por ahí con cinco u ocho canastillas de mango”.

“Señorita gracias a Dios yo me puedo defender de esta manera, junto con los cítricos que hay en la finca como el limón, la mandarina, la naranja, y además el aguacate que me da la vida, si no, yo no sé qué sería de mí y mi familia. Este virus nos tiene jodidos, la fruta y los ahorros se nos están acabando y ya casi me toca retomar mi trabajo de comerciante para llevar el sustento diario a mi familia”.

Contra todo pronóstico

Juan Sebastián Álvarez



Un viernes 6 de marzo de 2020 puede ser un día normal en la vida de cualquier individuo, y es lógico que muchas personas pueden ver este día como un relajo total. Acaso ¿hay algo mejor que un viernes? Se puede salir de fiesta, es el día más ansiado por los estudiantes y trabajadores, ya que llega el fin de semana. Pero al contrario, ese 6 de marzo se confirmaba el primer caso positivo por coronavirus en Colombia, en ese momento no era nada alarmante, los colombianos decían “es un caso no más, eso se controla”. Debido al gran número de contagios que se comenzaron a presentar justo después de conocer al primer caso positivo en el país, se decidió dar paso al inicio de la cuarentena que se dio el miércoles 25 de marzo, ya era algo más preocupante, no solo por los contagios, sino por las muertes reiteradas por esta enfermedad.

Claro, ahora sí, con la ciudad cerrada, en los hogares comenzó a hacer eco una palabra muy evidente, la “necesidad”, los colombianos estaban con las manos atadas, las empresas prácticamente cerradas y los trabajos informales desaparecidos en su totalidad, los únicos que podían trabajar eran unos pocos, los que hacían parte de este selecto grupo eran prácticamente todo el personal de la salud que le estaban haciendo frente a la pandemia. Es así como comenzó el calvario para la señora Marta Liliana Céspedes Conde y también para millones de colombianos.

Marta nació en Girardot, un pueblo que está ubicado a dos o tres horas de Bogotá, era la menor de cuatro hermanos, viene de una familia muy trabajadora y esta característica la heredó de sus padres Delio Céspedes y Gladys Conde. Toda su vida vivió en el mismo barrio en esa subida bastante empinada del Diez de Mayo. A ella le tocó aprender a hacer de todo desde muy joven; la familia tenía un negocio de arepas, por lo que ella se levantaba muy temprano para ayudar a moler el maíz para después emprender camino hacia el colegio. En la institución Juan Luis Gonzaga, donde pasó sus mejores años de vida, era bastante extrovertida y con anécdotas muy cómicas, en el colegio siempre contaba cuando su papá, le daba vueltas en el burro por todo Girardot, esto era sinónimo de alegría para ella y sus hermanos.

Unos años después, Marta conoció al que se convertiría en su esposo (Juan Carlos), él se transformaría en su fiel acompañante de vida. Marta y Juan se casaron muy jóvenes, pero con muchos sueños por delante, un tiempo después, y fruto de este amor, nació Ingrid Vanesa, hacia el año 1998, motivo de felicidad y alegría, pero la situación económica no era la mejor. Carlos sin trabajo y Marta dedicada al cuidado de su hija, decidieron que, para darle un mejor futuro a Ingrid, tenían que trasladarse hasta la capital, era una decisión muy arriesgada pero necesaria, sin pensarlo dos veces llegaron a Bogotá y

afortunadamente Juan Carlos consiguió un trabajo estable y una casa digna para estar con su familia. Las cosas estaban muy bien, y para el año 2001 nació Sebastián su segundo hijo; para la pareja las cosas no podían estar mejor, ya que anhelaban tener la famosa “parejita”. Pero en palabras de la señora Marta esa era una época marcada todavía con el hecho de que el hombre es el que trabaja y la mujer la que está en la casa. Hacía el año 2005 llegó al mundo su último hijo, Sergio, su “tesoro”, como lo suele llamar; con un nuevo miembro en la familia, ella tenía la necesidad de trabajar, y así fue cómo surgió la propuesta de Marta: —Juancho, amor, yo creo que ya es la hora de trabajar, ya son tres niños y a todos tenemos que brindarles las mismas oportunidades.

—Sí, en este momento es lo mejor, amor, trabaje, pero, por favor, busque un puesto que no sea tan desgastante.

La idea de trabajar para Marta no era algo nuevo, puesto que desde muy joven le tocó trabajar en el negocio familiar, pero al mismo tiempo le surgían ciertas inseguridades porque Bogotá era una ciudad muy grande y no sabía con qué tipo de personas se iba a encontrar. Con el entusiasmo que la caracterizaba salió en busca de un mejor futuro para sus hijos, tocó mil puertas y en la mayoría el rechazo era más que evidente, pero sus ganas de trabajar la llevaron a caer en una panadería donde con sus grandes habilidades consiguió el trabajo.

Durante su estancia en ese lugar le fue muy bien, se ganó el cariño de sus jefes y se volvió una trabajadora muy responsable, pero lamentablemente este negocio fue vendido y al mismo tiempo la señora Marta fue despedida. Marta sin trabajo y Juan Carlos manteniendo la casa y a tres hijos fue sumamente difícil, se encontraba pensativa todo el tiempo, no era la misma, la presión aumentó porque su hija mayor salió del colegio y

quería estudiar una carrera universitaria, era un gasto que ella no podía costear, por eso dice que agradece que Dios pusiera en el camino a su esposo, puesto que él con mucho esfuerzo y deudas a sus espaldas le pagó el semestre a Ingrid.

La presión era un tema que carcomía día y noche a Marta, ya que no soportaba no tener un peso para ayudar en la casa, pero ella siempre dice que es muy rebuscadora y que va a hacer hasta lo imposible para que sus hijos sean profesionales. En el año 2015, esperando una entrevista de trabajo, conoció a doña Mery, que en su momento fue su ángel guardián y se convirtió en una persona muy importante en la vida de Marta.

—Mijita, yo la veo muy tensa a usted, ¿va a entrar a la entrevista cierto? —Sí, señora, estoy algo nerviosa y esta es una de mis últimas oportunidades para conseguir trabajo.

—Tranquila, mijita, relájese que esa entrevista no es algo del otro mundo.

—Sí, Dios quiera me den el puesto.

Al finalizar la entrevista a Marta no le dieron el puesto porque no tenía los requerimientos académicos suficientes, al salir de ese lugar se encontró a la señora Mery y le contó la situación, esta señora solo le pidió el número de teléfono y le dijo que en algún momento estarían en contacto. Marta no podía más con su desesperación, era rechazo tras rechazo, pero en julio de 2015 recibió una llamada de la señora Mery, lo único que le dijo fue “mija le voy a dar una dirección para que se venga a trabajar conmigo”, ella le dijo que de una se iba para allá, Marta se llevó una grata sorpresa puesto que la señora Mery era la dueña de una fábrica de implementos médicos, y así comenzó su camino a trabajar juiciosa, desde entonces hasta inicio de marzo de 2020 todo iba perfecto, las cosas en la casa estaban muy bien, pudo solventar los gastos de sus hijos para temas educativos junto con su esposo y todo marchaba de maravillas.

Cuando comenzó el tema del aislamiento, ella lo recibió como un golpe duro, no se podía trabajar en la fábrica, la señora Mery buscó tramitar unos permisos para poder iniciar labores durante los primeros contagios en Colombia y se los negaron, esta señora estaba meditando la opción de cerrar esta fábrica, pero era consciente de las dificultades que tendrían las familias de sus trabajadores, entre ellas la familia de Marta.

La pandemia golpeó de una manera radical a Marta Liliana, no comía, estaba nerviosa por los gastos de la casa, creía que su esposo no iba poder pagarle los semestres a sus hijos, estaba en un terreno totalmente incierto; ella estaba resignada a vivir la misma situación de unos años atrás, pero afortunadamente se consiguieron ciertos permisos que le permitieron volver al trabajo tranquilamente, Marta es consciente que la pandemia afectó a muchas personas pero a ella la ayudó en el tema económico porque los implementos médicos se comenzaron a pedir más y más; según información del diario *La República*, “la búsqueda de ofertas de geles antibacteriales en el país por canales digitales como *tiendeo.com.co* reportan un aumento de más de 750 %. En cuanto a algunas cadenas de droguerías, como La Rebaja, al 25 de febrero, reportó aumentos en sus ventas de tapabocas de 124 %, mientras que en otras droguerías se vieron incrementos de hasta 300 %”.

Doña Marta siempre mostró que con esfuerzo y perseverancia se pueden lograr las cosas, hoy en día argumenta que las personas que la rechazaron solo le dieron motivos para salir adelante, ella siempre les dice a sus hijos de una forma muy cómica que una mujer de pueblo le ganó a la capital y a la pandemia.

La reinención en tiempos del COVID

Jean Paul Guarnizo

Si pudiera resumir esta historia en una palabra sería “reinventarse”, es lo que hizo Wilson Guarnizo, un señor de 47 años de edad que ha dedicado su vida a la educación y a las artes marciales; que, de la mano de sus otros hobbies como la meditación, logró “sobrevivir” a la pandemia, haciendo algunos pequeños cambios en pro de mejorar y facilitar el acceso a sus estudiantes del colegio del que es dueño, y de sus alumnos de artes marciales.

Enero de 2020

Wilson estaba por dejar listo junto a su pareja uno de sus proyectos más importante de los últimos cinco años, el Nuevo Colegio San Gabriel Arcángel obtuvo un espacio más amplio con tres casas para poder ingresar más estudiantes



y tener un mejor posicionamiento en la zona donde se encontraba, en San Mateo, un barrio en el municipio de Soacha, con las mejores expectativas del año que recién comenzaba (2020); intentaba dejar su colegio con las instalaciones en estado óptimo, adquiriendo una que otra deuda para comprar los insumos de las mismas, pero aun así, convencido de que todo resultaría bien.

En las noticias nacionales empezaron a mostrarse uno que otro informe sobre un brote de gripe en WuHan (China) a principios de enero; por el desconocimiento sobre este brote, en ningún momento se alerta ni se advirtió sobre lo que pasaría en unos días; se dieron cuenta de que esta gripe no era un virus indefenso, sino que en ocasiones causaba neumonía a quienes la padecían, y poco después se dio a conocer que generaba una cierta cantidad de muertes, pero aun así no se entró en alerta y mucho menos en Colombia, ya que literalmente está al otro lado del mundo.

Febrero de 2020

Wilson continuó sus proyectos sin complicación alguna, tuvo una gran inauguración del colegio y se sobrepasó la meta de 110 estudiantes, pues se matricularon alrededor de 140, todo empezó bien, se pagaron algunas deudas pero quedaron otras pendientes.

En ese momento comenzaron los rumores de que el brote podía llegar a afectar el país, pero no se les dio mucha importancia, incluso con que parte de Europa estuviera afectada, no hubo mucha preocupación por parte del país al respecto.

—Esto va a llegar acá y nos va a tocar guardarnos —dijo Wilson.

—No creo pa, deben encontrar una solución rápida a eso —le respondió su hijo.

—Va a ver, chinito, como el H1N1 y demás enfermedades que han pasado, toca ir mirando qué hacer para no quedarnos atrás.

Su hijo pensó que Wilson estaba exagerando, siendo inconsciente de lo que realmente iba a suceder, así que no prestó mucha atención, siguió asistiendo a mi universidad como si nada y empezó a ver a personas en el Transmilenio con cubrebocas, pero decidí ignorar el tema y seguir como si nada.

Marzo de 2020

Wilson le sugirió a su hijo no ir a estudiar, ya que se rumoraba que en la universidad a la que asistía en ese momento (la CUN), ya había casos del virus que se creyó que jamás llegaría hasta acá, por supuesto, hizo caso y no fue. Eso fue un jueves, el lunes, sin previo aviso y sin más, decretaron la primera cuarentena, y en casa Wilson solo decía, “yo les dije que eso iba a pasar y que acá nos iba a tocar lo mismo”.

Wilson tenía dos preocupaciones grandes en ese momento: la primera era su hijo Jean Paul, que desde el mes de septiembre del 2019 inició un proceso psiquiátrico, en el cual le diagnosticaron seis enfermedades distintas en tres meses, dos de alta gravedad, pero ese no es el tema de esta historia, había algo más que preocupada a Wilson, y era el dinero, ya que en su casa viven cinco personas más, su esposa, su hijo y los tres hijos de su esposa, obviamente, que subsistan seis personas en un hogar es un poco más complejo que una familia más pequeña, sin contar con esto: Wilson tuvo que cerrar su club de artes marciales, el cual era una fuente importantísima para el sustento diario de la casa.

En ese momento se preocupó bastante, pero estaba tranquilo ya que pues el colegio de algún modo, con un poco de esfuerzo podría suplir los gastos de la casa y demás.

Abril-junio de 2020

Los primeros meses con más complicaciones se avecinaban y ni cuenta se había dado de lo que sucedería, Wilson y su esposa se vieron en la obligación de implementar un nuevo método de enseñanza para brindar el servicio del colegio a sus estudiantes, en donde al igual que la mayoría de empresas educativas privadas, se amoldaron al sistema educativo virtual, pero así, sufrieron un sinnúmero de problemas económicos, ya que se vieron en la obligación de pagar una plataforma exclusiva en el que cobraban por usuario y entre los estudiantes, profesores, coordinadores y directivos, fue necesario invertir en más de 150 usuarios distintos y aparte de ello pagar una mensualidad para mantenerlos vigentes hasta la fecha.

Julio-septiembre de 2020

Cuando legalmente se tuvo que dar vacaciones a los estudiantes, hubo cierto respiro de trabajo en donde se descansó por dos semanas de las clases. En ese tiempo, Wilson se dio cuenta de lo complicado que era sustentar todos los gastos con el colegio y de que tarde o temprano el colchón financiero que tenía se iba a acabar, sin contar con el peor bajón económico inesperado que se venía en camino. Cuando los padres del colegio se dieron cuenta de que no se iban a retomar las clases presenciales este año, alrededor de 40 estudiantes entre los grados párvulos hasta transición fueron retirados en las dos semanas siguientes al receso, puesto que no le hallaban ningún sentido a pagar el servicio estudiantil si en ese momento y por el resto del año no lo iban a retomar como ellos querían, de manera presencial, así que retiraron a sus hijos, ya que como eran pequeños, por ley tienen promoción de año escolar por edad, más no es obligatorio cursar esos años para que el niño siga su proceso el otro año sin complicaciones.

Ahí empezó la crisis real de Wilson y de su hogar, pues se fueron muchos ingresos, y de todas formas debían seguir pagando los arriendos, servicios comerciales, pagos a profesores y coordinadores y demás convenios con distintas empresas aliadas al colegio, y aparte, el sustento de la familia de seis personas. En medio de esto, él siempre se mantuvo tranquilo y pensaba que era un proceso y un reto que tenía que superar, y, efectivamente, así lo hizo, sacó un préstamo de un fondo de ahorros familiar y montó un nuevo negocio por internet con ayuda de su hijo Jean Paul y, al día de hoy, gran parte del sustento de la familia sale de ahí, reinventando un negocio tradicional de compra y venta de productos, para venderlos por internet y poder suplir algunos campos.

Al día de hoy, Wilson ya pudo abrir de nuevo su club de artes marciales con todos los protocolos de bioseguridad, ya no tiene solo dos ingresos, sino tres que le generan, aunque un poco más de trabajo, más tranquilidad.

Un nuevo comienzo

Jonathan Camilo Alfonso Rueda

Un día domingo fue decretado que los estudiantes de colegios y universidades de todo el país, ya sean públicas o privadas, no podían ir a sus lugares de estudio, fue el comienzo de todo, de una época que iba a cambiar de una u otra forma la vida de muchos colombianos. El día de hoy enfocaremos la vista hacia la historia del señor Omar Iván Alfonso Castellanos, un padre cabeza de familia y que recién empezaba su empresa de comercialización y distribución de productos de consumo masivo direccionados a tres campos. El primero aseo personal, el segundo productos de aseo del hogar y tercero productos alimenticios.

Este portafolio estaba ubicado en una zona geográfica de Cundinamarca y Bogotá, cubriendo todos los estratos socioeconómicos del área. Al visitar a los comerciantes, se veía que también hubo una gran afectación a la ciudad y a



los municipios, teniendo en cuenta que algunos productos eran de primera necesidad y al conversar con algunos dueños de los mercados, y distribuidoras de belleza, ya cuando se abrió un poco el comercio, estos afirmaban que “casi ningún distribuidor los visitaba y si lo hacían era de una forma bastante discreta”.

Omar había empezado su empresa con ayuda de sus hijos, su esposa, y de un primo que también colaboraba con la distribución, principalmente, tratando de hacer llegar el sustento del hogar, por esos tiempos todo iba bien hasta que llegó el confinamiento obligatorio que exigió cerrar todo y directamente afectó a la empresa, ya que no había negocios abiertos a los que vender.

Desde ese día todo era incertidumbre, muchas veces Omar le preguntaba a abogados conocidos o algunos policías, que si él estaba cobijado por las excepciones que dio el Gobierno, ya que él tenía una línea de productos de aseo personal y cuidado del hogar, los cuales fueron, en pocas palabras, la salvación de la empresa durante los días más difíciles del confinamiento; eso sí, esto se supo después de semana y media sin poder trabajar.

Otra dificultad fue que Omar no podía hacer mucha fuerza debido a que hace cinco años estuvo hospitalizado por una pancreatitis que casi se lleva su vida, y le dejó secuelas como la pérdida de una parte de su páncreas, además de una cicatriz bastante grande que no le permitía hacer mucho esfuerzo en el abdomen si no tenía puesta una faja.

Ya desde ese momento se iba él solo a trabajar y prácticamente hacía el trabajo de tres personas, para poder llevar algún ingreso a su hogar. Sus hijos tampoco sabían si estudiar el segundo semestre de 2020 para reducir costos.

Omar dice que lo que lo ayudó a levantar la empresa de la crisis, “fue en parte los productos de primera necesidad y los productos alimenticios instantáneos como la sopa Maruchan”. Este producto se vendió bastante bien, y era el que más se pedía al distribuidor mayoritario; poco después, cuando empezó la reapertura, otros productos impulsaron aún más la empresa como la línea de cuidado del cabello, con la línea Starbrand.

En Colombia durante la actual pandemia tuvieron que cerrar sus establecimientos o empresas, según el periódico *El Tiempo*, el 33,3 % de las empresas del sector comercio, unas pocas se acogieron a la Ley 1116 de 2006 y otras a la Ley 560 de 2020, afortunadamente, Omar no tuvo que recurrir a ninguna de estas leyes, debido a que la empresa aun en la pandemia presentaba números favorables que la mantenían.

Básicamente, durante los meses que lleva Colombia en la pandemia, Omar ha tenido un equilibrio económico, sin sobresalir, pero sin tener que pasar necesidades, es más, sus hijos pudieron estudiar, por obvias razones de manera virtual. Pero esta pandemia fue, según él, “una forma de reinventarse y de no quedarse quieto nunca a esperar que todo pase o que el Gobierno brinde una ayuda que por lo general no pasa”. A día de hoy sigue con el carro en donde distribuye todo, un Renault Megane del 2004, que, aunque sea un carro ya viejo, ha sido su herramienta de trabajo que a día de hoy es el que también está dando el sustento a su hogar.

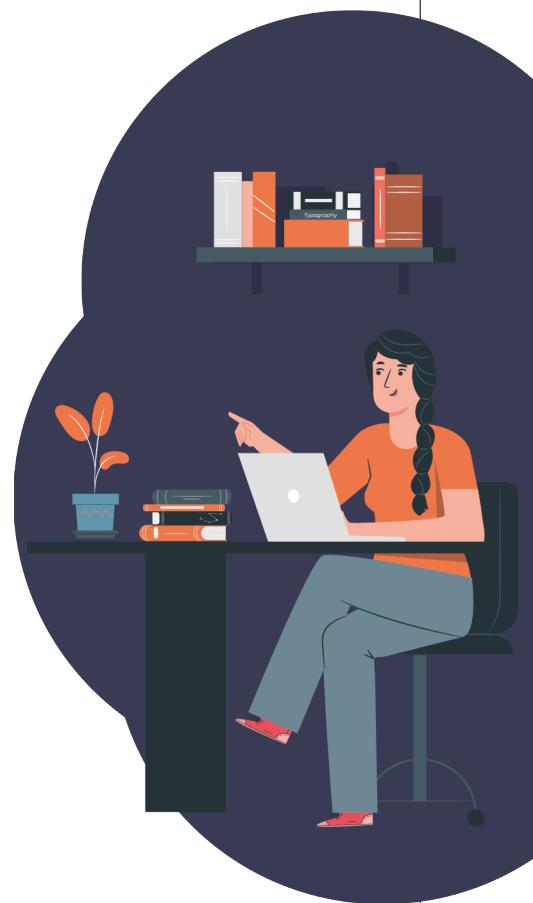
Finalmente, este periodo de pandemia dejó muchas enseñanzas y fue una muestra de que en cualquier momento las cosas pueden cambiar de una forma drástica, y que debemos estar preparados para todo lo que se venga encima, así como lo hizo don Omar, un ejemplo del colombiano que nunca se rinde a pesar de las adversidades y a sus 54 años, con ayuda y apoyo de sus familiares nunca desfalleció. Siendo así una historia de gente pujante de la época del confinamiento provocado por el COVID-19.

Ser docente virtual

Johan Alexander Ruiz Lesmes

La docencia es una vocación, o eso es lo que mi mamá siempre me ha inculcado y me ha demostrado al pasar de los años, siempre la he visto muy feliz en su trabajo, con momentos buenos y malos, ella siempre ha sabido llevar su profesión, debido a que es algo que la llena y la satisface, por eso, desde hace quince años la ejerce. Pero algo con lo que nunca contó ella, o bueno, con lo que no contó nadie, es que en 2020 llegaría una pandemia que atacaría todos los sectores posibles en todos los países, y esto afectaría impartir clases de forma presencial.

Ni mi mamá ni nadie, creo yo, estábamos preparados para esta situación, pero bueno, ella quería dar lo mejor de sí, y lo iba a demostrar, de esta forma, tenía que adaptarse a las nuevas tecnologías, yo la veía bastante nerviosa y un poco confundida. Días antes de que empezara a dictar



clases de forma virtual, en el Liceo Nueva Vida, institución en la cual labora, decidieron dar distintas capacitaciones sobre las plataformas que iban a usar para dictar clases. Era muy emocionante ver a mi mamá tratando de descargar Zoom, Google Meet y diferentes plataformas para enriquecer las clases a dictar. Posteriormente, vendrían las clases, y es ahí donde todo se volvería un caos.

Para empezar, es oportuno aclarar que el colegio en donde ella trabaja está ubicado en Ciudad Bolívar, más exactamente en un barrio arriba de Cazucá, llamado Santo Domingo, este sector es de muy bajo ingreso económico, por lo cual, es fácil deducir que de los treinta niños a los que mi mamá les tenía que dictar clase solo diez tenían internet, y de estos diez, solo dos tenían computador, por lo cual la institución, respaldada por una fundación, decidió regalar tabletas a los estudiantes, pero bueno y ¿qué pasaba con los que no tenían internet?, me pregunté yo, y es ahí donde el problema se agrava, resulta que la solución del colegio era que compraran un paquete de datos para compartir Internet a las *tablet*. Esto claramente dificultaría las clases, debido a que el Internet iba a tener una frecuencia muy baja, y la señal sería muy inestable.

Pero bueno, pese a todos los inconvenientes se dio la primera clase con éxito, los treinta estudiantes estaban en la clase vía Zoom y no causaron ningún problema; las clases eran de 7:00 a. m. a 2:00 p. m., con descansos de dos horas repartidas en dos sesiones de una hora. Vi a mi mamá estaba muy cómoda a pesar de que es bastante estricta en las clases, de forma virtual era bastante flexible y los estudiantes se comportaron de forma excepcional, en la segunda clase, ya se empezaron a ver los problemas de conexión y de asistencia, pero no era nada mayor, y así transcurrieron las primeras semanas. Al pasar un mes, ya se veía el estrés en la mente de mi mamá, y algo que incrementaba esto era que los acudientes de los estudiantes eran groseros y se quejaban por el dinero que tenían que recaudar semanalmente para comprar el paquete de datos, y la forma de mostrar su

descontento era atentando contra mi mamá. Pocas veces la he visto tan frustrada, pero mi papá y yo la consolábamos, mostrándole que no era culpa de ella, y que era algo que ella no podía controlar y así transcurrió el segundo y tercer mes de clases virtuales.

Los estudiantes salieron a receso y ese descanso ya era necesario para mi mamá, debido a que le dedicaba catorce horas diarias al trabajo, y tenía que estar para los padres 24 horas disponible al igual que para las directivas, esto indirectamente causó problemas en la casa, puesto que mi papá y nosotros queríamos pasar tiempo en familia y por el trabajo de ella ningún plan se podía concretar, aunque eran planes dentro de casa, aun así no se podía; desarrolló migraña y se le aumentó la miopía, y ¿cómo no?, si estaba en el computador más de la mitad del día y además no dormía lo necesario. Ella decía que esto la estaba acabando mentalmente. Pero esas semanas que tomó de descanso le sirvieron bastante, pero lo que se iba a venir era algo que ella no se esperaba.

Empezó el segundo semestre del año y mi mamá se encontraba recargada con una buena energía y lista para darlo todo en las clases, los estudiantes al parecer también venían con ganas de estudiar, pero los padres vendrían más indispuestos que nunca y al pasar la primera semana, más de la mitad pidieron el retiro de sus hijos con el argumento de que no tenían dinero para el Internet. El colegio les brindó ayudas humanitarias por medio de mercados para que se sintieran mejor económicamente, pero algo que no se puede ocultar era que estaban ubicados en uno de los sectores con más pobreza en Bogotá y era inevitable que varios estudiantes se retiraran, esto le dio mucha tristeza a mi mamá, pues pensaba que era su culpa; y ahí es donde se demuestra lo mucho que ama enseñar, otros profesores estaban felices porque al haber menos estudiantes esto indicaba menos indisciplina en las clases, pero para mi mamá no era así, ella pensaba en un futuro bueno para sus estudiantes y no uno en donde la educación faltara.

Pasaron las semanas y mi mamá volvía a estar en esa burbuja del trabajo, la cual consumía toda su energía, pero eso a ella no le importaba, con tal de educar. Algo que puede generar esta conducta es que el colegio de mi mamá es cristiano, e inculca esos valores tanto en los profesores como estudiantes. Pasado el tiempo, ella se adecuó perfectamente a las clases y ya no surgía ningún problema y con un par de consejos por parte de mi papá, logró organizar bien su tiempo, así podía balancear su profesión con su familia.

Algo que rescato de los sacrificios hechos por mi madre en esta cuarentena es que debido a su entrega fue elegida como la mejor docente del colegio en esta cuarentena, esto la puso muy feliz, pero no le importaba mucho el reconocimiento, lo que más la llenó sentimentalmente fue ver que sus estudiantes en las evaluaciones trimestrales fueron el mejor curso de toda la institución.

La historia de un duro trabajo

Mayerly Nataly Sosa Ospitia

En el municipio de La Mesa (Cundinamarca), Rosendo Sosa Reyes desde pequeño, a la edad de 9 años, empezó a trabajar en obras por falta de recursos de sus padres que en esa época no contaban con suficiente dinero para mantenerlo a él y a sus hermanos. Primero trabajó como ayudante en las construcciones, por lo que recibía un pago de 200 pesos que en ese tiempo eran como 180.000 mil pesos mensuales para ayudar con los gastos a su familia, luego, al pasar el tiempo, fue aprendiendo mucho más acerca de cómo era el trabajo y cómo se tenía que hacer, entonces, comenzaba a recibir un mejor pago del que recibía anteriormente. Todas las mañanas se despertaba a las 6:00 a. m. tomaba un tinto que le preparaba su mamá y luego salía de casa para dirigirse a pie hacia su trabajo, que quedaba a dos horas. Llegaba cansado, pero aun así, con su mayor esfuerzo y luchando por conseguir el dinero



y poder alimentarse bien, continuaba con toda su fuerza trabajando durante todo el día. Después de terminar su jornada a las seis de la tarde, regresaba a casa agotado pero feliz porque contaba con un empleo que era de gran ayuda para él y toda su familia.

Al pasar el tiempo, Rosendo continuó en su trabajo de obrero en las construcciones en el municipio de La Mesa, allí conoció a su esposa, Rosalba, con la cual conformó una hermosa familia con cuatro hijos, dos niños y dos niñas. Luego, por cuestiones de escasez de trabajo, a la edad de 26 años, Rosendo, sus padres, hermanos, esposa e hijos, se mudaron al municipio de Anapoima en la vereda San Judas, allí tenían una pequeña finca heredada de sus abuelos paternos y construyeron su casa.

El municipio de Anapoima, Cundinamarca, se convirtió hasta entonces en su hogar. Según datos de la Alcaldía del municipio, este fue fundado el 10 de agosto de 1627, se encuentra en la franja occidental de la provincia de la región del Tequendama a 700 metros sobre el nivel del mar. El área del municipio es de 132 kilómetros y 400 metros, cuenta con 27 veredas y su clima promedia los 26 grados centígrados. En ese lugar, Rosendo estuvo en busca de oportunidades de trabajo y encontró su nuevo empleo como obrero en una construcción, aunque no le pagaran muy bien, debía trabajar para seguir adelante con su familia.

Rosendo ha trabajado en diferentes pueblos en su rol como obrero, ha tenido que buscar muchos empleos, que en ocasiones quedaban lejos de casa y en otros, hasta el punto de a veces tener que salir del departamento. Durante su trabajo debía levantar bultos de cementos, alzar bloques, ladrillos, enchapar, mezclar, pintar, hacer zapatas, vigas, columnas y, lo peor de todo, estar casi todo el día en el rayo del sol “quemándose”. Él en su

desempeño como obrero y maestro ha construido muchas casas de primer y segundo piso, ha hecho piscinas grandes y pequeñas, placa huella, caminos empedrados, tanques de reserva y pozos sépticos. Se puede agregar que él mismo con todo el amor y esfuerzo, construyó su propio hogar donde ahora se encuentra viviendo con su esposa y sus hijos.

Los trabajadores de obras se desempeñan en la construcción, reparan, mantienen, renuevan y demuelen casas, edificios, fábricas, hospitales, carreteras, puentes, túneles, estadios, muelles y aeropuertos, entre otras cosas. Durante su trabajo, cada día están expuestos a una gran variedad de riesgos, incluida la exposición al polvo, al vapor o al asbesto, posiciones de trabajo incómodas, cargas pesadas, trabajos en alturas, ruidos fuertes, entre muchos otros. La Organización Internacional del Trabajo dice que al menos 108.000 trabajadores mueren en el lugar de trabajo cada año, una cifra que representa alrededor del treinta por ciento de todas las lesiones mortales en el trabajo. Datos de diversos países industrializados muestran que los trabajadores de la construcción tienen una probabilidad entre tres y cuatro veces mayor de morir a causa de accidentes en el trabajo que otros trabajadores. En el mundo en desarrollo, los riesgos asociados con el trabajo de la construcción pueden ser de tres a seis veces mayores. Muchos sufren y mueren a causa de enfermedades profesionales derivadas de haber estado expuestos a sustancias peligrosas.

Rosendo dice que en su trabajo “la mayor parte del dinero se lo llevan los ingenieros con los contratos, y los que sí trabajan duro todos los días no se ganan nada, todo se lo llevan ellos”. No es un trabajo que sea bien pagado, los sueldos no son muy buenos porque no alcanzan para todos los gastos suficientes de la casa. Él cuenta que aproximadamente el sueldo actual del ayudante es de \$600.000 mensuales, el de un oficial \$900.000, el de un

maestro general \$1.500.000 y el de un ingeniero los sobrepasa porque se lleva la mitad del contrato. Los precios cambian según en el sitio de trabajo donde se encuentre, puede subir o bajar el salario.

Él es un hombre luchador y muy trabajador, se esfuerza cada día para conseguir las cosas necesarias que se necesitan para su hogar. Toda su vida ha trabajado en la construcción donde le ha tocado muy duro para recibir tan poco. En su trabajo, ha sido maestro general de muchas construcciones, no ha tenido problemas en su labor, pero sí en muchas ocasiones, añade él, no le pagaron “esas fueron pérdidas”.

Antes de que empezara la pandemia por el COVID-19, Rosendo se encontraba desempleado porque en el municipio donde se encuentra hay muy poco trabajo y es difícil conseguir uno. Él estaba buscando empleo, pero por la pandemia que ocurrió durante 2020 empeoró todo, no se podía trabajar porque las construcciones quedaron quietas durante mucho tiempo, desemplearon a muchos por la situación grave de la economía que generó este virus. Eso ha sido muy difícil tanto para él como para su familia, porque necesitan del trabajo para poder subsistir bien y ayudar a su hija menor con la universidad.

Según un comunicado de la OIT (Organización Internacional del Trabajo), la pandemia ocasionada por el COVID-19 se ha acelerado aún más en términos de intensidad y ampliación de su alcance a nivel mundial. Las medidas de paralización total o parcial ya afectan a casi 2.700 millones de trabajadores, es decir: alrededor del 81 % de la fuerza de trabajo mundial.

El Gobierno no ha sido de mucha ayuda para él, solo ha recibido un ingreso solidario para ayuda de su alimentación, nada más. Actualmente, el trabajo de Rosendo es cuidar una finca que queda cerca de su casa, donde tiene que rastrillar, limpiar, sembrar y hacer algunos arreglos, y depende del sueldo que le brinden los dueños por cuidar su finca y el sueldo que gana su esposa, con ese dinero sobreviven él y su familia en tiempo de pandemia.

Rosendo espera que su trabajo pueda mejorar cuando termine la pandemia por el COVID-19. Desea que valoren el esfuerzo y el duro sacrificio que tiene que pasar durante sus jornadas de labor en construcción, y así reciba un mejor salario con el que se pueda sentir satisfecho y encontrar ese empleo estable que le sirva para tener una vida más viable económicamente para él y toda su familia.

El COVID-19 no venció a los comerciantes

Sergio Alejandro Betancurth Enciso

En medio de toda la incertidumbre a escala mundial, Colombia no era la excepción. Edwin Andrés Enciso, comerciante del sector de Soacha trabaja fuerte todos los días para que su negocio siga creciendo día a día, con sus hijos Sergio Enciso y Cristian Enciso. El trabajo familiar le da la confianza a Edwin que su empresa está en buenas manos, tanto así que los jóvenes se turnan los fines de semana para abrir el local y atender a la gente de la mejor manera. El negocio iba por buen camino, pero la situación cambió, cuando el mandatario Iván Duque anunció el 17 de marzo una emergencia sanitaria en Colombia.

Edwin Enciso vendía en su local artículos desechables y piñatería, y para ese 17 de marzo, tomó la decisión de dejar la piñatería a un lado y mejor invertir en algo que tuviera



mayor rotación en las ventas. Se le ocurrió agregar al local implementos de aseo, ya que son fundamentales en los hogares colombianos. Cuando el mandatario colombiano afirmó lo de la emergencia sanitaria en Colombia, Edwin supo que definitivamente había sido una buena decisión.

Los medios de comunicación advirtieron a la ciudadanía que la mejor solución para prevenir el contagio era utilizar gel antibacterial, eso ayudó mucho a Edwin, ya que él contaba con estos implementos, por lo tanto, ahora el trabajo de Sergio y a Cristian era empacar gel en tarros de 120 ml, 250 ml, 500 ml y 1.000 ml. Desde ese entonces, se estaba moviendo bastante bien y tenía buena rotación el gel antibacterial, así como los implementos de aseo, ya que estaban recomendando a los ciudadanos que era mejor tener la casa limpia para evitar el contagio.

Por el momento, Sergio y Cristian pensaron que la pandemia no los iba a afectar mucho, pero cuando el mandatario anunció que el país debía entrar en cuarentena total, con comercio no prioritario incluido, empezó la preocupación.

Edwin pensó que se iba a quebrar, sin embargo, una de las excepciones era que aquellos comercios que vendían elementos de primera necesidad y elementos de aseo podían permanecer abiertos, esa fue la gran ayuda que permitió que el local siguiera con vida durante la pandemia.

Cuando inició la pandemia, realmente las ventas bajaron, los desechables estaban pausados, ya que los restaurantes no podían trabajar, solo se vendían implementos de aseo, la venta no daba para pagarle a los dos trabajadores, entonces, Edwin tomó la decisión de trabajar día intermedio hasta que se volviera a recuperar la economía

y se estableciera un poco. Cuando los jóvenes recibieron la noticia, entendieron que afortunadamente tenían un trabajo y que podrían ganar un poco de dinero, aunque obviamente se redujo el sueldo al 50 %.

Algunos desechables se estaban vendiendo en el inicio de la pandemia porque algunas personas no pensaban cerrar y preferían trabajar clandestinamente, fue una gran ayuda para Edwin y para los comerciantes, ya que algunos de ellos trabajan en el sector de alimentos. Cada día iba mejorando la situación, pero había algunos productos que efectivamente estaban escasos como los guantes de nitrilo y los tapabocas, que no se conseguían, o si se encontraban, tenían un costo muy alto; antes se había cajas de tapabocas a \$6.000 y cuando empezó la pandemia llegaron a valer \$50.000, realmente era un abuso y tuvieron que dejar los tapabocas a un lado, ya no se podían vender.

El negocio jamás se vio en quiebra, pero cuando el alcalde de Soacha, Saldarriaga, anunció los toques de queda en el municipio y el pico y cédula, se complicaron aún más las ventas, los comerciantes tenían que cerrar a la hora establecida, y si se tenía abierto, Edwin corría el riesgo de ganarse una multa, por lo que era mejor prevenir que lamentar y no quedó de otra que cumplir las reglas de la Alcaldía.

Cuando el presidente anunció un aislamiento preventivo inteligente en junio, fue una buena noticia para los dos trabajadores, ya que la situación iba mejorando cada día más. Edwin les dio el visto bueno de volver a trabajar todos los días, ellos retomaron las labores y su sueldo volvería al 70 %. Prácticamente, la mayoría del sector comercial podía tener abierto y retomar sus labores, Edwin jamás cerró y eso lo ayudó para pagar los arriendos y otras deudas. Cuando se abrieron los restaurantes y tiendas, las bolsas y los desechables se empezaron a mover.

Poco a poco se iba sosteniendo la economía en el negocio de Edwin, hasta que una nueva medida fue anunciada: el comercio debía cerrar los fines de semana. Una vez más Edwin empezó a preocuparse por la situación económica de su negocio.

Cabe recordar que Edwin es ingeniero electrónico, y por circunstancias de la vida lo llamó una empresa en la cual él había trabajado en el pasado y que necesitaban arreglar e implementar unas cámaras en la fábrica, Edwin de inmediato aceptó el trabajo y se fue a trabajar a la compañía llamada Acme León.

Desde ese entonces, dejó todo en las manos de sus dos familiares, les daba la confianza suficiente para que cuidaran el negocio y lo mantuvieran siempre surtido, desde aquel momento, los jóvenes mantuvieron el negocio muy bien administrado con la mayor responsabilidad.

Desde que Edwin se fue a trabajar con la empresa un tiempo, en el local las ventas incrementaron un 70 % debido a que muchas personas no estaban trabajando aún, a otras les congelaron contratos y a otras las despidieron de sus empleos, por lo tanto, muchas personas se la rebuscaron y empezaron a vender almuerzos y postres, lo cual fue un gran beneficio para el local, ya que los productos que estaban pausados se estaban vendiendo tres veces mejor.

En septiembre, cuando el entonces presidente Duque informó “la nueva realidad”, el panorama fue cambiando, ya se podía trabajar fines de semana y cerrar el negocio un poco más tarde, cuando Edwin vio que el negocio estaba dando buenas ganancias no quiso volver a trabajar con la empresa Acme León, a él siempre le ha gustado el trabajo independiente.

Entonces, retomó sus labores en su trabajo. Desde que anunciaron la nueva realidad las ventas se redujeron un 20 %. La mayoría de personas volvían a sus trabajos y algunas seguían trabajando independientemente, sin embargo, algunos desechables estaban escasos, ya que las empresas habían reducido sus trabajadores y máquinas, lo cual afectaba a Edwin, pero poco a poco va llegando mercancía para abastecer el local. Por el momento, el negocio se sigue manteniendo, va por buen camino, sus trabajadores ahora volvieron a ganar el 100 % de sus sueldos y Edwin se ha sostenido bien económicamente. Los comerciantes, no nos damos por vencidos.



La señora Patricia y sus tapabocas

Anttony Steven Palacios

Esta crónica cuenta la historia de la señora Patricia, habitante del municipio de Sibaté, quien, en el momento de la pandemia tuvo que buscar alternativas para hacer frente a la situación de cierres de comercios y desempleo que se extiende en todo el país.

El autor de la crónica no ve con sus ojos físicos, pero está en proceso de aprender a mirar y observar la realidad para contarla. Lo hace desde la memoria ante la imposibilidad de leer algo escrito y simultáneamente, ambienta el audio con su gran amigo, el piano. Se aloja en SoundCloud y se comparte el vínculo donde podrán escucharla.

<https://soundcloud.com/vexnot89/la-senora-patricia-y-los-tapabocas>



La señora Patricia vive en un municipio llamado Sibaté, este municipio queda ubicado a 27 km hacia el sur de la ciudad de Bogotá. Sibaté, que se dice Sigua en la lengua indígena y significa derrame de la laguna, fue fundado en 1967 por el cura Julio César Beltrán, quién fue uno de los promotores y líderes para que Sibaté definitivamente se pudiera independizar del municipio de Soacha; actualmente, Sibaté pasa por una crisis de salud realmente preocupante, con 31 muertos, 22 contagiados y una infinidad de casos descartados y recuperados, que para otras ciudades y municipios podrá ser una cantidad insignificante, pero realmente para el municipio de Sibaté es preocupante.

La señora Patricia vive muy cerca del centro de este municipio, en una casa que está dentro de un lote que le dejaron sus suegros y que tiene solamente seis por seis metros cuadrados. La señora Patricia tiene un negocio de costuras donde a diario recibe una infinidad de ropa que podría tener el virus, debido a esto, tuvo que cerrar su negocio y encerrarse en su hogar, pero ¿cómo iba a hacer para poderse alimentar y poder alimentar a sus hijos? La señora Patricia, cuando comenzó la situación del aislamiento preventivo empezó a hacer los famosos tapabocas, con antifluido, con filtro y los tapabocas de tela reutilizables.

Un día, a mediados de abril, un policía golpeó a su puerta y preguntó por uno de los tapabocas que él necesitaba, la señora Patricia le ofreció sus productos, y el policía al darse cuenta de la calidad de tapabocas que le estaban ofreciendo, decidió comprarlos. Gracias a esto la señora Patricia empezó a mejorar en su situación económica, pues este policía no solo le compró un producto, sino también mandó a sus demás compañeros a que le hicieran el gasto, y que así pudiera mejorar su situación económica; este rumor de que la señora Patricia hacía unos tapabocas de mejor calidad que en los demás negocios, se empezó a expandir por la mitad del municipio dónde actualmente la señora Patricia es reconocida por hacer este tipo de tapabocas y por venderlos con una garantía de que no se van a dañar y de que no se van a “motosear” como se diría coloquialmente.

A mediados de junio y julio cuándo se empezó a reabrir el comercio la señora Patricia pudo abrir su negocio, lógicamente con todas las medidas de seguridad que requería, como por ejemplo, la cinta demarcadora separadora de espacios, las huellas que las personas tenían que pisar no solamente para desinfectarse, sino también para guardar la distancia y para su cuidado utilizaba el gel antibacterial, el alcohol etílico para desinfectar los billetes, monedas y prendas de vestir que entran y salen.

Cuándo comenzó esta pandemia, la señora Patricia empezó también a sufrir un poco por la parte de alimentación, pero gracias a su hijo, quién tiene discapacidad visual y que estudia en la universidad, empezó a recibir un mercado que la institución les ofreció. Las organizaciones gubernamentales del municipio también dieron esta ayuda alimentaria, y por parte del Gobierno nacional y del municipal, pudo acceder a las ayudas o ingresos solidarios. Actualmente, se encuentra laborando dentro de su negocio y se encuentra trabajando satisfactoriamente para que su proceso como comerciante no se vea afectado ni se vea involucrado en esta pandemia negativamente.

Escribir crónica para aprender a mirar

Entre los múltiples aprendizajes de este proceso, podemos resaltar que escribir crónica permite acercarse a la realidad de manera consciente y, al respecto, varios estudiantes comentaron que los relatos les ayudaron a percatarse de detalles que antes no habían notado, entendieron aspectos de sus familiares que antes desconocían y sobre todo consideran que ahora le otorgan un valor mucho más significativo a sus personajes y las actividades que desarrollan. Han comprendido que detrás de un día de trabajo en el campo, hacer quesos, soldar ventanas, contestar llamadas, cosechar mangos, vender productos o coser, hay todo un cúmulo de afectos, motivaciones y sueños por cumplir que mueven la acción humana y le dan sentido a la vida. De este modo la crónica se nos presenta como una oportunidad para entablar procesos de comunicación profunda con la cual comprendemos dimensiones subjetivas de las personas y entendemos las condiciones sociales en las cuales operan, es decir, la crónica ayuda a desarrollar lo que Angulo (2013) ha señalado como “mirada”, y al respecto comparto un fragmento de su prefacio “Mirar y contar la realidad desde el periodismo narrativo”:



Los cronistas utilizan la mirada con más intensidad que la pluma o las teclas del ordenador. Saber qué mirar. Saber cómo mirar. Pero decir “mirar” no es decir mucho, porque “mirar” no es ver, es pensar. Es centrar, focalizar, encuadrar. Mirar también es escuchar, que no oír. Poner una voz en *off* para hacer oír la de los verdaderos protagonistas... Mirar es documentarse y reportar, adentrándose en las vidas ajenas a través de *zoom in* y realizar panorámicas desde la distancia mediante *zoom out*... Eso parece significar “mirar” en periodismo narrativo. Mirar para poder contar, para ordenar el caos. Mirar para percibir de manera participante, mediante la interacción con escenarios y públicos, que hace partícipe y actante al autor, como creador y sujeto activo del contenido, que narra e interpreta y del que se reapropia bajo un prisma analítico y crítico de lo que le brinda la realidad circundante para posteriormente diagnosticarla y pronosticarla (Marta Lazo, 2005: 46). Mirar también para denunciar. Una mirada continua que otorga sentido a lo real. (p. 8).

También podemos destacar que este proceso de escritura permitió aplicar conceptos vistos en clase a sus propias producciones, lo cual implicó explorar formas sintácticas, incluir fragmentos de diálogos, aparecer o desaparecer de un texto, comprender la fuerza argumentativa que confieren los datos o entender la importancia de los detalles en la construcción de los personajes, situaciones y ambientes, en últimas, escribir crónicas resultó ser una estrategia de enseñanza que le ayudó a los estudiantes a aprehender, a la par que les permitió explorar formas de contar historias.

Por último, cabe reflexionar sobre la potencialidad del trabajo interdisciplinario al interior de las ciencias sociales, en este caso, la articulación con el diseño gráfico le confirió a los relatos identidad y fuerza semiótica. Del mismo modo, es necesario explorar articulaciones con otras disciplinas como la sociología, la antropología, la economía o la política, que sin duda podrían aportar marcos interpretativos al ejercicio periodístico.

REFERENCIAS

Alexiévich, S. (2015). *Voces de Chernóbil. Crónica del futuro*. Penguin Random House Grupo Editorial.

Angulo, M. (2013). *Crónica y mirada. Aproximaciones al periodismo narrativo*. Libros del K.O.

Cacho, L. (2019). *Esclavas del poder. Un viaje al corazón de la trata sexual de mujeres y niñas en el mundo*. Debolsillo.

Caparrós, M. (2012). Muxes de Juchitán. En Jaramillo, D. (Ed.). *Antología de crónica latinoamericana actual* (pp. 65-77). Penguin Random House Grupo Editorial.



- Darrigrandi, C. (2013). Crónica latinoamericana: algunos apuntes sobre su estudio. *Cuadernos de literatura*, XVII (34), 122-143.
- García Márquez, G. (2014a). Caracas sin agua. En Samper, D. (Ed.). *Antología de grandes reportajes colombianos* (pp. 99-109). Aguilar.
- García Márquez, G. (2014b). *Crónica de una muerte anunciada*. Penguin Random House Grupo Editorial.
- Guerrero, N. (2016). Así es una farra a lo maldita sea en Soacha. Pogo y Chukeo. *Vice en Español*, 3(1). <https://www.vice.com/es/article/jmz77b/as-es-una-farra-a-lo-maldita-sea-en-soacha>
- Guillermoprieto, A. (2016). *Desde el país de nunca jamás*. Penguin Random House Grupo Editorial.
- Jaramillo, D. (Ed.). (2012). *Antología de crónica latinoamericana actual*. Penguin Random House Grupo Editorial.
- Jaramillo, J. I. (2016). *Las voces en los bordes de la historia*. Editorial Redactum.
- Kramer, M. (2001). Reglas quebrantables para periodistas literarios. *El Malpensante*, agosto-septiembre, 73-85.
- Marta Lazo, C. (2005). *La televisión en la mirada de los niños*. Fragua.
- Martí, J. (1946). El terremoto de Charleston. En Marinello J. (Ed) *José Martí. Obras completas (I)* (pp. XXXI). Editorial Lex.

- Mejía, M. (2015). El maestro y la maestra, como productores de saber y conocimiento, refundamentan el saber escolar del siglo XXI. *Educación y Ciudad*, (29). <https://revistas.idep.edu.co/index.php/educacion-y-ciudad/article/view/2>
- Palau-Sampio, D. (2018). Las identidades de la crónica: hibridez, polisemia y ecos históricos de un género entre la literatura y el periodismo. *Palabra Clave*, 21(1), 191-218. <https://doi.org/10.5294/pacla.2018.21.1.9>
- Wiener, G. (2012). Dame el tuyo, toma el mío. En Jaramillo, D. (Ed.). *Antología de crónica latinoamericana actual* (pp.453-463) Penguin Random House Grupo Editorial.

Para miles de familias en Colombia el aislamiento provocado por la pandemia en aquel extraño 2020 significó angustia e incertidumbre de no saber qué llevar a la mesa al día o a la semana siguiente del cierre total de las ciudades como medida urgente para detener el contagio del virus.

En Soacha, Cundinamarca, este acontecimiento impactó con severidad la economía de miles de hogares y ya en los primeros días se veían filas de personas en las instituciones del municipio esperando la entrega de algo de alimento para sobrevivir. Factores como la alta informalidad, contratos laborales precarios, la desprotección al adulto mayor, así como ingresos que no son suficientes para generar ahorros, fueron catalizadores de una crisis social de grandes proporciones. Esta situación provocó cifras de deserción universitaria sin precedentes, retos en la enseñanza virtual dada la precaria conectividad de muchas zonas en el municipio. De todo esto dan cuenta las historias de este compendio de crónicas realizadas por estudiantes de primeros semestres del programa de Comunicación Social - Periodismo UNIMINUTO Soacha, quienes vieron en la pandemia y sus efectos la posibilidad de hacer periodismo.

Los invitamos a leer estos relatos que centran la mirada ya no en el gran personaje, sino en la forma en que sujetos del común experimentaron los rigores de la pandemia.

Esperamos que se sumen a la causa de hacer audibles voces que poco resuenan en los grandes escenarios de la vida social y de esta manera conectarnos a estas otras realidades tan próximas pero a la vez tan lejanas.



UNIMINUTO
Corporación Universitaria Minuto de Dios
Educación de calidad al alcance de todos

Sede Cundinamarca